

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

TERCER TRIMESTRE DE 1950

SUMARIO:

GABRIELA MISTRAL: *ALGO SOBRE GONZALEZ VERA* ¶ JAMES T. FARRELL: *LA FORMACION DE UN ESCRITOR AMERICANO* ¶ MARIO VICUÑA: *A TAL MAESTRO TAL DISCIPULO* ¶ GUY MERCIER: *TRES POEMAS* ¶ MARTINEZ ESTRADA: *POBREZA Y LIBERTAD* ¶ BRUNO TRAVEN: *PREVISION SOCIAL* ¶ GONZALEZ VERA: *ALESSANDRI* ¶ EDMUND WILSON: *LA CRITICA Y LA HISTORIA* ¶ ENRIQUE ESPINOZA: *DOS NOMBRES INSEPARABLES* ¶ LEON TROTSKY: *EL ABOGADO ULIANOV* ¶ LAIN DIEZ: *CARTA A VOLONTA*

SANTIAGO 55 DE CHILE

Colección Del Olívar

En esta bellísima colección de obras maestras, editadas con un refinamiento inigualado en el país, lea:

SEM TOB DE CARRION

PROVERBIOS MORALES

120 ej. numerados, en papel Shadw-mould Laurel, en rústica: \$ 300 m/ch.
30 ej. numerados, en papel de tina, blanco, con pastas de pergamino rotuladas y doradas a mano y estuche de bibliófilo. \$ 700 m/ch.

PEDIDOS A LA REVISTA **Babel** ALAMEDA 2555, SANTIAGO

LA OBRA MÁS REPRESENTATIVA DEL GENIO AMERICANO

SEGÚN EMERSON:

HENRY DAVID THOREAU

Desobediencia Civil

EN UNA CUIDADA TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL POR

Ernesto Montenegro

Edición del centenario, única en nuestro idioma, limitada a cien ejemplares numerados, impresos en papel de tina y con las características de pulcritud tipográfica que destacan las publicaciones de

B a b e l

Precio: \$ 300 m/ch.

EN LA MISMA COLECCIÓN DEL PEDERNAL:

Manifiesto Comunista

Precio: \$ 500 (por agotarse)

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUI SE CONFUNDE EL TROPEL

DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN

Y SE EDIFICA LA BABEL

EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

AÑO XI

55

VOL. XIII

SANTIAGO DE CHILE

ALGO SOBRE GONZALEZ VERA

EMANCIPAR Y DEJARSE DES-
PRECIAR POR LOS EMANCIPA-
DOS, ES EL DESTINO DE LOS
CONDUCTORES DE LA HUMA-
NIDAD, Y NO DEBE SER TAN
TRISTE CUANDO SE ALEGRAN
DE ENCONTRAR CONTINUA-
DORES.

NIETZSCHE.

UNO de los chilenos más cargados de chilenidad en sus temas y, a la vez, uno de los chilenos más liberados del espíritu y de la letra locales, criollos.

Esta plausible emancipación de lo lugareño en técnica la debemos a sus copiosas y cualitativas lecturas. Desde los veinte años, González Vera leyó con un agudo espíritu de selección, al revés de la generación mía que leía *de todo*, al azar y desorientada.

Por la saludable sequedad de su lengua y por su repugnancia del lugar común y del sentimentalismo sacarino de nosotros, González Vera fué desde sus primeras páginas un prosista no destinado a la popularidad y eso sigue siendo todavía.

Hay que agradecerle, entre los demás bienes que nos ha dado, su repulsa del sentimentalismo barato y el rigor de su prosa, nunca cargada de abalorios ni de lágrimas *dulces* (porque hay el llanto corto y acre de los rebeldes y hay el lagrimeo blando y largo de los otros...)

Se premia en él algo nada popular y nada criollo; un alma inconforme, una acerada mente crítica, un testigo de ojos muy claros respecto de la vida local.

Estoy contando sobre todo "al hombre González Vera" porque no tengo ninguna capacidad técnica de crítico.

Casi todos los rebeldes resultan antipáticos a la masa lectora y a veces también a la masa juzgadora. Se los mira como casos de acidez estomacal; la agriura suya encoge la lengua del catador. Pero tales gentes atacan en las rajadas lo pútrido lo mismo que el limón combate las infecciones.

Precioso me parece siempre el ojo desnudador y corrector del hombre González Vera, precioso no en el sentido de la fea palabra preciosismo, sino en el de ojo ayudador de nuestras miopías o astigmatismos. Tengo tal virtud como un servicio civil, de alta civilidad. A la Patria se la sirve de varias maneras, de todas maneras, menos con el modo adulator e infantil del chovinista "convencionanciero". González Vera siempre tuvo la náusea del halagador de multitudes.

Bien dado está ese Premio "Nacional". Porque la nación, como todo cuerpo sano, necesita de vigilantes, de críticos, lo cual comprende a la gente de escarpelo.

Mucho le agradezco yo, su lectora, el rigor austero de su estilo, que nació en su primera página escrita y que dura hasta hoy.

Tiene la chilenuidad desde hace mucho fama de austeridad en la palabra. Hay que decir que esta excelente reputación ha sido un poco abultada. La superabundancia aflora bastante entre nosotros. Con lo cual, bien podemos colocar la escritura de nuestro González Vera, como aferrada a una virtud racial que está desbaratándose en la poesía y hasta en la prosa.

Va al amigo de treinta años un apretón de manos fuerte y fiel en el día de justicia y de gozo que al fin llegó a su casa. Entre sus virtudes viriles él tiene la de la amistad y la que me dió siempre es de las mejores entre las que se me han dado en este mundo.

Sentada estoy frente a él en su día de justicia, como en mis años de Temuco, con el tiempo anulado y sin el estropeo que hace en las almas.



James T. Farrell

LA FORMACION DE UN ESCRITOR AMERICANO

DE CÓMO FUÉ ESCRITO *Studs Lonigan*

I

EMPECÉ a escribir lo que llegó a ser esta trilogía en junio de 1929. *El día del Juicio* fué completado finalmente al concluir enero de 1935. En junio de 1929 yo era un joven que había quemado varios puentes tras de sí con la resolución de hacerme escritor, sin importarme el éxito o el fracaso de mis esfuerzos. Terminaba entonces lo que iba a ser mi último curso de estudiante en la Universidad de Chicago. Tres veces había abandonado antes las clases porque me sentía inquieto e insatisfecho, dispuesto a emplear mi tiempo en escribir y formarme a mi modo azaroso. Por cuarta y última vez me había matriculado y conseguí terminar el curso. Aunque leía continuamente y de todo, no pude poner bastante interés, al término del segundo año, en ningún curso, excepto el de composición, donde podía escribir cuanto anhelaba. Iba cada vez menos a las otras clases, hasta olvidarlas finalmente, sin ninguna preocupación por el descrédito y la pérdida en efectivo que me significaba.

Mi estado de ánimo era el correspondiente a muchos escritores jóvenes. No es por cierto una felicidad ser joven y tener pretensiones literarias. Al principio, el deseo de escribir es más fuerte que la clara percepción de lo que se desea escribir o del modo que se quiere hacerlo. Hay oscilaciones sorprendidas en el humor de uno. A veces el literato en ciernes está lleno de entusiasmo y de esperanza. Otras, está hundido en la desolación, perdida la fe en sí mismo, rota en pedazos su moral, y sin otra visión del futuro que la del sacrificio acabado en triste fracaso. Hay ocasiones en que no puede mirar a sus amigos de frente; momentos en que se siente contrario a todo el mundo; momentos en que recurre a un humor cáustico, a un sarcasmo brutal y a una salvaje arrogancia con los demás, sólo para defenderse de sí mismo. De pronto, se ve anonadado por la propia imagen de un don Nadie que ha tenido la temeridad y la suficiencia de querer pasar por escritor. Compara sus pocos manuscritos inéditos con la obra

de los grandes escritores, y su ambición le parece una locura. Si bien no concede importancia especial a la manera de vestir, hay períodos en que su dejadez —los zapatos sin lustrar, el traje pringoso y arrugado, el sobretodo raído, el pelo largo— lo impresiona y ve en ello el signo de su propia miserable mediocridad.

Un sentimiento de fracaso le persigue. Vivir consigo mismo se le hace insoportable o poco menos.

Escribir es una de las profesiones más crueles. En la carrera literaria el sentimiento de un posible fracaso puede atormentarlo a uno despiadadamente. Y el fracaso en la carrera literaria no ha de medirse sólo en dólares y centavos. La pobreza y la lucha por el pan no son los únicos rasgos capaces de hacer tan dura esta profesión. Está la soledad que uno mismo se impone. Está el combate sin fin por percibir con lozanía y claridad, por expresar y recrear en el papel un concepto de la vida. Hay en juego algo más que la puja económica. El escritor siente con frecuencia que está compitiendo con el tiempo y con la propia vida. Sus esperanzas alcanzan a veces grandes alturas. Sus ambiciones elévanse a tal punto que su amplitud impide su realización en el curso de una vida. El mundo se abre para el joven escritor como una gloriosa e inconmensurable aventura del sentimiento y de la comprensión. Nada humano carece de importancia para él. Todo lo que mira es aplicable a su propósito. Cada palabra que oye puede servirle potencialmente. Cada estado de ánimo, cualquier capricho pasajero, cualquier pensamiento baladí puede tener su sentido y su lugar en el depósito de experiencias que acumula. Las posibilidades de asimilación son enormes e infinitas. Y sólo hay una corta vida de lucha para hacerlo. Una sensación melancólica del tiempo nos atormenta. Nuestro espíritu se rebela contra el truismo de que cada hombre debe realizarse, porque comprende a todos los hombres. Uno se subleva contra la idea de que el ser humano debe aceptar las limitaciones, de que sólo es posible desenvolverse dentro de una pauta a costa del sacrificio de muchas otras líneas. Para el escritor el tiempo conviértese en el bien más precioso del mundo. ¿Y con qué frecuencia no siente que lo está desperdiciando? Su vida le parece entonces como un tamiz por el que van filtrándose los días, dejando sólo unos pocos, poquísimos granos de experiencia. Si hoy está perdiendo el tiempo, ¿qué seguridad tiene de no perderlo

mañana? Lucha consigo mismo para disciplinarse, toma el peso a cada fracaso en esa lucha. Empieza finalmente a encontrar un sentimiento de muerte —muerte antes de haber llevado a cabo sus posibilidades— como una sombra ciñendo constantemente su conciencia.

Tales eran algunos de los elementos de mi propio estado de ánimo al comenzar *Studs Lonigan*.

II

En la primavera de 1929 tomé un curso avanzado de composición a cargo del profesor James Weber Linn. El profesor Linn, con quien estaba yo constantemente de punta en cuestiones literarias, era muy alentador. Su estímulo así como el proveniente de mis discusiones con él y la mayoría de la clase, me ayudaban a conservar la confianza en mí mismo. Escribí millares de palabras para ese curso: cuentos, sketches, notas bibliográficas, ensayos, impresiones, anécdotas. La mayor parte de tales escritos referíanse a la muerte, a la desintegración, a la indignidad humana, a la pobreza, ebriedad, ignorancia y crueldad. Trataba de describir las calles desiertas y polvorrientas, las esquinas, las casas miserables, timbas, burdeles, dancings, lugares bohemios, mensajerías, despachos de gasolina, escenas entrevistas en los conventillos. Los personajes eran muchachos sueltos o pandillas, borrachos, negros, mensajeros, pederastas, inmigrantes ricos y pobres, changadores, testafierros, vagos, sablistas, etc. La mayor parte de mi labor apenas tendía hacia la objetividad. Me persuadí entonces de que el escritor debía someterse a una disciplina objetiva. Mis primeros manuscritos estaban, por lo general, lejos de ello.

Una de las historias que escribí para el curso del profesor Linn se titulaba *Studs*. Se publicó originalmente en *This Quarter*. Era el relato de un velatorio, escrito en primera persona. El difunto, un muchacho del barrio de la calle Cincuenta y ocho, había muerto a los veintiséis años. El cuento describe el ambiente y los amigos. Estos han venido al velatorio y están sentados en el traspatio del departamento, diciendo banalidades acerca del misterio de la muerte, recordando con nostalgia el buen tiempo ido y contándose satisfechos los insulsos detalles de la vida común. El autor de la historia está sentado allí y trata de terciar en la conver-

sación, mientras evoca el pasado, en que estos muchachos, ahora corpulentos y hundidos en las trivialidades del diario vivir, fueron unos intrépidos aventureros.

El profesor Linn leyó este cuento en la clase y lo alabó entusiastamente. Yo no tenía una opinión fundada al respecto. Había tratado de escribirlo del modo más honrado, más claro y mejor que podía. No estaba seguro de lo que realmente pensaba de él. El elogio que encontró el cuento en la clase me alentó grandemente. Pedí al profesor Robert Morss Lovett que lo leyera. Consintió amablemente y después de hacerlo me llamó a su oficina y me sugirió que lo desarrollara y ampliara con más detalles del ambiente allí descrito. Había pensado ya en ello y el consejo del profesor Lovett me lo confirmó. En cierto sentido, pues, el profesor Linn y el profesor Lovett son los padrinos espirituales de Studs Lonigan.

Cuando empecé a trabajar ese material, entreví una larga novela que terminaba en la escena final descrita en el cuento *Studs*. Veía en el protagonista Studs Lonigan una cantidad de tendencias inherentes a un sector de la vida americana que yo conocía, porque formaba parte de mi propia educación vital. Comencé a ver en Studs no sólo un personaje novelesco sino también una expresión social. En las primeras etapas de mi trabajo emprendí el análisis de mi héroe considerándolo en relación con su propio mundo y su propio ambiente. Me fijé como meta el poner en claro el destino de Studs Lonigan con sus propias palabras y con sus propios actos; sus propias maneras de sentir y de pensar. Decidí que mi tarea no era dar expresión a lo que la vida significaba para mí, sino recrear lo que la vida significaba para Studs Lonigan. En ese proyecto trabajé imponiéndome como ideal la mayor objetividad posible. Mientras escribía, el libro iba tomando cuerpo y expandiéndose. Primero fueron dos volúmenes y, por último, tres. Hubo innumerables cambios y modificaciones de la idea general, cambios en el tono de la novela, cambios en la estructura de los acontecimientos desde que fué concebido el libro hasta que quedó escrita la línea última. Pero entrar en mayores detalles sobre esta fase del trabajo sería aburrido y parecería un esfuerzo demasiado pretencioso. Algo así como mostrar nuestro propio laboratorio íntimo al público. Todo trabajo imaginativo pasa por tal proceso de cambio y expansión.

A TAL MAESTRO TAL DISCIPULO

NACIDO en 1850, Guy de Maupassant tenía treinta años cuando murió Flaubert, que sólo alcanzó a celebrar su *Boule de Suif*, al comienzo de 1880, justamente, después de haber asistido con su estímulo extraordinario a la formación del joven poeta durante una década o poco menos.

Vale la pena informarse al pie de la letra cómo vino a dar con tal maestro tal discípulo.

La madre y un tío de Maupassant, Alfred Le Poittevin, fueron amigos de infancia del autor de *Salambó* en Rouen. Al doblar la veintena, Guy continúa este apego familiar en París.

El 30 de octubre de 1872 Flaubert escribe a Mme. Gustave de Maupassant desde su finca de Croisset:

Ton fils a raison de m'aimer, car j'éprouve pour lui une véritable amitié. Il est spirituel, lettré, charmant, et puis, c'est ton fils, c'est le neveu de mon pauvre Alfred.

En la misma carta Flaubert le anuncia que su próximo libro, la *Tentation de Saint Antoine*, estará dedicado a Alfred Le Poittevin, a quien expuso la obra en proyecto seis meses antes de que aquél muriera, es decir, a fines de 1847, pues concluye manifestándole a ésta:

J'en ai fini avec cette oeuvre qui m'a occupé à diverses reprises pendant vingt-cinq ans! et à défaut de lui j'aurais voulu l'en lire le manuscrit à toi, ma chère Laure.

Meses más tarde, el 23 de febrero de 1873, Flaubert vuelve a escribir a su antigua compañera respecto de su hijo, el sobrino de su querido amigo muerto un cuarto de siglo antes:

Malgré la différence de nos âges je le regarde comme "un ami" et puis il me rappelle tant mon pauvre Alfred! J'en suis même parfois effrayé, surtout lorsqu'il baisse la tête en recitant des vers! Quel homme c'était celui-là! Il est resté dans mon souvenir, en dehors de toute comparaison. Je ne passe pas un jour sans y rêver. D'ailleurs le passé, les morts (mes morts) m'obsèdent. Est-ce un signe de vieillesse? Je crois que oui.

Sin embargo, "el viejo" tenía entonces apenas cincuenta años; pero la lista de "sus" muertos, que llora en otra carta,

es verdaderamente impresionante: Bouilhet, Sainte-Beuve, Jules de Goncourt, fuera del inolvidable Alfred Le Poittevin. Y, como si todo eso fuera poco aún, la guerra franco-prusiana termina por hundirlo en el abismo de la desesperación propio de la vejez. ¿No le había escrito proféticamente a su gran amiga George Sand, el 10 de septiembre del año 1870?:

Voilà où nous a amenés la rage de ne pas vouloir voir la vérité! L'amour du factice et de la blague! Nous allons devenir une Pologne, puis une Espagne. Puis ce sera le tour de la Prusse, qui sera mangée par la Russie.

En tal estado de ánimo, el encuentro con el vástago de aquella florida rama de su infancia, debió producirle un vivo consuelo a Flaubert. Ciertamente que, disgustado de todo y particularmente de la literatura, él había renunciado casi a la publicidad; pero contra sí mismo impónese la tarea de alentar el gusto que por el verso manifiesta el joven Maupassant, sin permitirse, no obstante, hacer su horóscopo poético.

Ce qu'il m'a montré vaut bien tout ce qu'on imprime chez les Parnassiens... —es lo más que dice a su amiga Laura en la carta ya citada. Espera que con el tiempo su hijo gane en originalidad y adquiera una manera individual de ver y sentir, pues todo está en eso. Cuanto al resultado, al éxito, añade, ¿qué importa?

En la vida común Flaubert se ocupa de Maupassant con igual dedicación paternal. No sólo trata de hacerle más llevadero al pobre Guy su puesto en el Ministerio de Marina, sino que interviene ante su jefe para que sea trasladado a otro, menos pesado, en el de Instrucción Pública. Cuando durante unas vacaciones, sabe que *le jeune a passé un mois aux eaux de Louèche et a souillé l'Helvétie par ses obscénités*, no deja de reprochárselo: ¡Cuidado! Un hombre que se instituye artista no tiene derecho a vivir como los demás. Se interesa de lleno en la publicación y representación de los primeros ensayos dramáticos del futuro autor de *Boule de Suif*. Y releendo goethianamente, por tercera vez en su vida, todo Spinoza, le parafrasea una de sus máximas sobre la libertad: *Il faut se poser vis-a-vis de soi même en homme fort, c'est le moyen de le devenir.*

Maupassant ensaya sus fuerzas como crítico en un diario de París. Pero la experiencia periodística lo decepciona enseguida, tal cual se lo había pronosticado Flaubert, al decirle en una carta:

Conclusion: S'écarter des journaux! La haine de ses boutiques-là est le commencement de l'amour du Beau.

Maupassant no hace más que confirmarlo a su modo un año más tarde. Así escribe a Flaubert a principios de 1877:

Croyez-moi bien, cher maître, aucun journal ne me laissera faire des articles vraiment littéraires et dire ce que je pense.

Esto último sólo puede hacerlo Guy, por carta o de viva voz, ante su querido mentor, a quien desde luego echa muy de menos en París, al final de la misma epístola:

... M. Tourgueneff m'a dit hier que vous ne seriez peut-être pas ici avant la fin de février, et cela m'a rempli de tristesse. J'ai un besoin énorme de causer avec vous, j'ai le cerveau plein de choses à vous dire: je suis malade d'une trop longue continence d'esprit, comme on l'est d'une chasteté prolongée.

El tono de la correspondencia entre maestro y discípulo es de lo más íntimo. Uno y otro se confiesan sus pensamientos al desnudo. Hay que ver lo que Flaubert le dice a propósito de Taine, por ejemplo:

La peur violente qu'il a eue de perdre ses rentes lors de "nos désastres" lui a un peu oblitéré le sens critique. Il ne suffit pas d'avoir de l'esprit. Sans le caractère, les oeuvres d'art quoiqu'on fasse, seront toujours médiocres; l'honnêteté est la première condition de l'esthétique.

Y también vale la pena copiar alguna salida no menos agresiva de Maupassant, el otro artista puro de aquella época:

Il y a longtemps que je veux vous écrire, mon bien-aimé maître, mais LA POLITIQUE!!... m'a empêché de le faire. La politique m'empêche de travailler, de sortir, de penser, d'écrire. Je suis comme les indifférents qui deviennent les plus passionnés, et comme les pacifiques qui deviennent féroces.

... Eh bien, je trouve maintenant que 93 a été doux, que les septembriseurs ont été cléments, que Marat est un agneau, Danton un lapin blanc et Robespierre un tourterau. Puisque les vieilles classes dirigeantes sont aussi inintelligentes aujourd'hui qu'alors, aussi incapables de gouverner aujourd'hui qu'alors, aussi viles, trompeuses et gênantes aujourd'hui qu'alors, il faut supprimer les classes dirigeantes aujourd'hui comme alors, et noyer les beaux messieurs crétins avec les belles dames catins. O radicaux, quoique vous ayez bien souvent du petit bleu à la place de cervelle, délivrez-nous

des sauveurs et des militaires qui n'ont dans la tête qu'une ritournelle et de l'eau bénite.

Gracias al empeño de Flaubert ante la esposa de su editor M. Charpentier, Guy de Maupassant logra publicar su primer y único libro de versos. Por él habían de intentar seguirle proceso, acusándolo naturalmente de ultraje a las costumbres y a la moral pública. El autor de *Madame Bovary* —¡oh paradoja!— consigue atajar a tiempo aquél con su famosa carta a *le Gaulois*. ¿Qué no era capaz de hacer tal maestro por tal discípulo? Tanto llega a mimarlo públicamente que la *Revue Moderne*, al publicar *El muro*, medio derruido por las supresiones, hace a Maupassant pariente de Flaubert. Este lo llama una y otra vez *mon disciple* y declara: *je l'aime comme un fils*. Era por cierto lo primero en el más alto sentido de dicha palabra.

En el umbral del último año de su vida, cuando desde Croisset, Flaubert empieza su escuela de salutación con este gracioso voto: *Que 1880 vous soi léger, mon très aimé disciple!*, para manifestarle de inmediato: *J'ai grande envie de voir l'élucubration anti-patriotique*, diríase que *le conte rouennais*, que Maupassant piensa primero añadir a su volumen poético y que finalmente aparece después del cuento de Zolá en *Les Soirées de Médan*, constituye su máxima esperanza.

Se trata, en efecto, del gran regalo que le tenía reservado a su querido maestro: ¡de *Boule de Suif* nada menos!

La forma espontánea y alborozada con que Flaubert acogió la redonda creación de Maupassant constituye sin duda el mejor elogio que se ha hecho de tan breve historia. ¡Con qué gusto lo citaría íntegro si no hubiese abusado ya hasta el exceso de la literalidad! Sin embargo, un par de párrafos bastan para dar idea de tan grandioso *shock of recognition*:

... *Mais il me tarde de vous dire que je considère "Boule de Suif" comme un chef-d'oeuvre. Oui! jeune homme! Ni plus, ni moins, cela est d'un maître. C'est bien original de conception, entièrement bien compris et d'un excellent style. Le paysage et les personnages se voient et la psychologie est forte. Bref, je suis ravi, deux ou trois fois j'ai ri tout haut (sinc).*

... *Ce petit conte restera, soyez-en sur! Quelles belles binettes que celles de vos bourgeois! Pas un n'est raté. Cornudet est immense et vrai! La religieuse couturée de petite vérole, parfaite, et le comte "ma chère enfant", et la fin! La*

pauvre fille qui pleure pendant que l'autre chante la Marseillaise, sublime. J'ai envie de te bécotter pendant un quart d'heure! Non! vraiment, je suis content! je me suis amusé et j'admire.

Boule de Suif hizo famoso a Maupassant de la noche a la mañana. Sus siete años de noviciado junto al implacable autor de *L'Education Sentimentale* no fueron vanos. Y al morir dos meses después el maestro, el discípulo entronizóse como su genuino sucesor, no sólo en el campo de las letras francesas contemporáneas, sino también y, a pesar de su propia gloria universal, en el más fiel guardián del culto a Flaubert.

Ya en la primera carta que le remite después de conocerlo, insiste de manera conmovedora en lo que le significa su *entourage* inicial como recuerdo:

... *en causant avec vous, il me semblait souvent entendre mon oncle que je n'ai pas connu, mais dont vous et ma mère m'avez si souvent parlé et que j'aime comme si j'avais été son camarade ou son fils, puis le pauvre Bouilhet, que j'ai connu celui-là et que j'aimais bien aussi.*

Luego añade que le parece asistir a esas reuniones de Ruán. Y lamenta no haberles podido acompañar entonces a todos ellos en vez de estar con los amigos de su misma edad, *qui n'ont pas une idée de ce qui existe.*

Y una década más tarde, a Zola, que había conocido casi adolescente a Maupassant en casa de Flaubert, y que lo evoca tal como era, silencioso y receptivo, en un artículo sobre *La Maison Tellier*, Maupassant pinta su angustia en los siguientes términos:

Je ne saurais vous dire combien je pense à Flaubert, il me hante et me poursuit. Sa pensée me revient sans cesse, j'entends sa voix, je retrouve ses gestes, je le vois à tout moment debout devant moi avec sa grande robe brune, et ses bras levés en parlant. C'est comme une solitude qui s'est faite autour de moi, le commencement des horribles séparations qui se continueront maintenant d'année en année, emportant tout les gens qu'on aime, ou qui sont nos souvenirs, avec qui nous pouvions le mieux causer des choses intimes. Ces coups-là nous meurtrissent l'esprit et nous laissent une douleur permanente dans toutes nos pensées.

Y casi al final de su corta existencia, en una última hora lúcida escribirá todavía a otro amigo:

Je songe toujours à mon pauvre Flaubert et je me dis que je voudrais être mort si j'étais sûr que quelqu'un penserait à moi de cette façon.

Uno de los primeros biógrafos de Maupassant, Pol Neveux, testimonia cómo era de triste su apariencia espectral en la inauguración del monumento a Flaubert en Ruán, un lluvioso domingo de noviembre de 1890. Había trabajado hasta el agotamiento y veintisiete volúmenes en diez años lo pusieron al borde del sepulcro. En él se hundió en efecto definitivamente dos años y medio más tarde, no sin antes ofrecernos su testamento literario en *Sur l'eau*, el mejor de sus libros, según Tolstoi, porque resume sus experiencias de *canotier*. Aún pensaba reponerse y llegar en su yate hasta los soleados puertos españoles. Pero, como él mismo dijo, había entrado en la vida literaria como un meteoro para salir de ella como un pistoletazo. Y así fué, desgraciadamente, aunque se sobreviviera unos meses en una clínica.

Cien años después de su nacimiento es justo recordar a Maupassant al lado de Flaubert, como se recuerda en la literatura alemana a Schiller junto a Goethe.



Guy Mercier

TRES POEMAS

EL OFICINISTA

*Apresúrate, oficinista, apresúrate;
he visto tu mirada de angustia al subir al tranvía en marcha;
estás sofocado y miras tu reloj;
buscas en tus bolsillos el abono;
será necesario correr y subir de cuatro en cuatro los escalones;
vuelves a mirar tu reloj como si pudiera comprender y
(aminorar su marcha:
imaginas que quizá haya adelantado un poco durante la noche,
que tal vez el de la compañía se ha detenido.
O quién sabe si el jefe del personal está también atrasado.*

Es poco probable.

*Habrá sonado el timbre
y se anotará tu atraso en un cuaderno,
se te hará firmar
y no lo olvidarán jamás;
cuando pidas un aumento se examinará tu expediente,
se verá que no eres un empleado modelo,
que no atiendes bien tu trabajo, que te quedas en cama por
(las mañanas,
que haraganeas por las calles.*

*Apresúrate, oficinista, apresúrate,
porque, si pierdes tu puesto, ¿qué será de ti?
"Es difícil en este momento"
y "este momento" es así desde hace años
es así desde la guerra
y antes era la guerra
y antes era después de otra guerra
y antes era la otra guerra
antes era tu servicio militar
que duraba tres años en ese tiempo
y antes era el colegio, pagado por los sacrificios del pequeño
empleado que era tu padre;*

*en suma, esta pequeña frase
"es difícil en este momento"
es toda tu vida.*

Y ahora envejeces.

*Apresúrate, oficinista, apresúrate,
vas a llegar atrasado.*

L O N D O N S Q U A R E

Era un hombre común, muy común, exageradamente común. Subía sobre los bancos en las plazas, y parloteaba durante horas. La gente se detenía, lo escuchaba un poco y partía de nuevo a "sus asuntos", como se dice. Y el hombre continuaba, con una voz igual y monótona, diciendo cosas muy simples, como éstas: "¿Por qué leéis los diarios? Sabéis que mienten. Vosotros mismos lo decís. Sabéis que están vendidos a fuerzas que vosotros ni siquiera conocéis. ¿Por qué votáis por tal o cual hombre, por tal o cual programa político? Sabéis muy bien que el hombre se ríe de vosotros y que el programa jamás será realizado. ¿Por qué os ocupáis de política? Un hombre con sentido común no discute con un carpintero sin saber algo de carpintería, un hombre con sentido común no contradice nunca a una lavandera sobre asuntos de lavandería. Y, sin embargo, todos vosotros tenéis opiniones políticas: y ¿cuáles son, entre vosotros, los que han hecho estudios políticos? Los grandes cabecillas toman en cuenta vuestra estupidez ovejuna, y tienen razón: vosotros sois, en efecto, completamente idiotas."

Comenzó a caer una fina llovizna, pero el hombre continuó hablando: "Cuando vais a la guerra, jamás sabéis por qué: apenas habéis comenzado a conocer las causas de la guerra anterior. Sabéis muy bien que los secretos están guardados en los archivos de las cancillerías y que no los conoceréis sino después, cuando ya sea tarde. Vuestros furoros de hoy día serán olvidados mañana si no se vuelve a hablar mas de ellos. Por otra parte, las guerras os entretienen cuando no tienen nada que hacer con vosotros; pero cuando os alcanzan, vuestra rabia no tiene parecido sino con vuestra sorpresa. Y ¿en qué sois vosotros más valiosos que las víctimas de las guerras pa-

sadas o de las guerras futuras? No; verdaderamente no se puede tener piedad de vosotros. ¡Sois muy bestias!"

Entonces una voz partió de entre la muchedumbre y dijo: "Bueno: ¿a dónde va usted a ir a parar?" Y el hombre respondió: "A venderos, a título de propaganda, esta estilográfica económica, de duración indefinida y de precio excepcional." Al oír estas palabras, dos policías de civil, que esperaban este instante desde el comienzo del discurso, tomaron al hombre y lo llevaron a la comisaría: no tenía permiso para vender en las calles.

E L R E T R A T O

*En el mundo hay infinitos planetas que giran en todo sentido
(y no se sabe
por qué y entre esos planetas hay uno*

*con mares, bosques y desiertos y muchas ciudades
y entre esas ciudades hay una*

*con calles anchas o tortuosas, claras o siniestras,
pobres o lujosas y entre esas calles hay una*

*con casas amarillas y blancas, altas y alegres
y entre esas casas hay una*

*con cuartos con espejos de sol, con cojines de sombra,
con tapices de silencio y entre esos cuartos hay uno*

*donde se encuentra un piano
sobre el piano un marco
dentro del marco un rostro
en el rostro dos ojos*

y en esos ojos un mundo de planetas infinitos.

POBREZA Y LIBERTAD EN HUDSON

(DE UN LIBRO SOBRE GUILLERMO ENRIQUE HUDSON)

POBREZA y libertad es la filosofía política de Richard Lamb, protagonista de *La Tierra Purpúrea*. Richard Lamb es el otro nombre de Hudson, y sus opiniones, convicciones y raciocinios hubieron de ser exactamente los del autor en 1885. No los de sus años de vejez, decepcionado, más que de los gobiernos, de los lectores; obligado a cultivar una literatura de naturalista, a la que tenía por cierto cordial afición, pero que no representaba ni de muy lejos, la verdadera, grandiosa fuerza de su genio. Es casi seguro que el desánimo que le produjo la tibia aceptación de los editores y más aún la indiferente acogida del público, que no pudo entender el espíritu salvaje de la obra, le haya hecho dar la espalda para siempre a esa clase de temas; más todavía, a dar la espalda para siempre a lo que con lenguaje retórico se llama la injusticia social, adoptando una actitud de indiferencia que ha sido para muchos de sus críticos una incógnita, si no un rasgo eminente de la frialdad de su carácter. Pobreza y libertad son los dos pilares en que se afirma ese arco romano indestructible. Esa obra es un repertorio de todas las pasiones no bastardeadas, en su estado nativo y fecundo, sin las abominaciones de que gustan aquellos que creen que la pasión es indefectiblemente obscena.

La pobreza es, además, una tónica fundamental en toda la obra de Hudson y en el diapasón de sus emociones, como la libertad es su dominante. Nacen ellas y se nutren en lo humilde de las cosas y de las almas. La pobreza es el estado natural de todo ser natural. No se hallará en su obra ni la más remota imagen del mundo de la riqueza ni de la vanidad en ninguno de sus innumerables aspectos. Lo mismo ocurre en el *Martín Fierro*. Lo insignificante y hasta lo miserable le bastan, como a Dostoievsky, para llegar al corazón secreto de toda grandeza. Toda exterioridad magnífica de gentes y objetos ha sido desterrada de su obra más que de los Evangelios, pues ni se menciona que existan. En su lugar ha puesto cabañas, acantilados, desiertos, selvas, pastores,

aldeanas, niñas, animales. Tienen un nombre porque tienen siempre un carácter propio, pero no profesión ni anhelos de prosperidad, ni amarguras por su mísera situación. Viven y esa es su fortuna, sobre todo si son jóvenes.

Pobreza y libertad, o mugre y libertad, como se unen en el título de un capítulo de *La Tierra Purpúrea*, y de las palabras de Carrifergus que Lamb recuerda con simpatía, podemos deducir que para Hudson las ventajas de la riqueza, las comodidades que privan al alma de ese estado de vigilia que permite comprender a fondo las cosas de la vida, estaban por sí descartadas del interés humano de sus historias. Hasta el animal perfecciona su mente con el hambre.

No es indispensable, por supuesto, que toda grande obra haya de producirse con arreglo a tal concepto franciscano; pero también es cierto que después de haberse gustado en su sabor de fruta la obra de Hudson, es penosa la lectura de otras grandes obras como las de Proust, France, Meredith o tantos otros. Son otras formas del sentir y del saber que a su vez pueden hacer repulsiva la lectura de la obra de Hudson. También Dostoievsky y, para variedad en los ejemplos, Charles-Louis Philippe, hallaron, claro que sin proponérselo sino descubriéndolo como calidad inherente a la tragedia, que la pobreza era el elemento natural de toda gran pasión o ideal. Mundo de la pesadilla; y eso es la pobreza: la pesadilla en el sueño de la vida. Pero a la vez es la sal de las lágrimas y el insomnio en la fiesta de la vida.

Hudson tampoco explota patética ni dramáticamente la pobreza. Pobres son, sin que haya de decirse, los animales y las plantas, y la suya es la misma tesitura del santo de Asís, sin su misticismo que ha de descontarse en disfavor. La naturaleza es opulenta y magnánima, pero dentro de la más estricta economía. A la riqueza alude Hudson repetidamente con desprecio, y éste no es un desdén de pobre, sino de filósofo; siempre en comparaciones o contrastes que le sirven para destacar mejor los valores de las cosas en sí frente a los valores de mercado. Un tordo, una alondra que cantan superan al más eximio tenor, por añadidura. Esto pudo haber sido dicho por otros, desde los cínicos, pero en Hudson cobra un sentido universalmente cierto, porque se inserta en una concepción total y coherente del significado de lo natural ante el significado de lo artificial. Los cínicos ignoraban la naturaleza.

Además, la pobreza es otro de sus grandes maestros y mentores. La ruina del hogar paterno lo obliga a emprender su peregrinación haciendo acopio de inmensas noticias sobre gentes, animales y paisajes, y a *La Tierra Purpúrea* llega maduro ya para comprenderla en su historia y en su destino. Valerio dice, en "El Ombú": "Yo amo esta pobreza mía y la legaré como don precioso a mi hijo, porque en ella está la paz". En *Allá lejos y hace mucho tiempo* no se sabe quién es rico, pues si cuenta para algo es por su carácter y por el papel que vive en el mundo. Únicamente Mr. Royd tiene sentido económico de su trabajo, explotando racionalmente su industria, y es becado por los criollos. Acaba degollándose con una navaja. En la obra de Hudson la fortuna no está unida a la felicidad; justamente en los seres sin bienes materiales ni seguridad para su existencia en el futuro sentimos que hay alegría, una cualidad silvestre que los coloca más cerca de los perseguidos pájaros que de los cebados cerdos. También Circe, recuérdese, para reducir a condición de animales resignados al encierro y la pitanza, tuvo que reducir a cerdos los griegos aventureros. Ese era el asco tácito de Hudson por el animal humano metamorfoseado en animal que tiene asegurado su alimento y su estabilidad, su comodidad y su puerca muerte, en fin.

Sabía Hudson cómo se obtenía la fortuna —por el método inverso a cómo su padre la había perdido—, pero ello costaba el alma. Hay que perder la una para obtener la otra, y en un negocio infame. Necesitaba él de su alma, libre y sin compromisos, pues había de modelarla como un instrumento finísimo para que emitiera los sonidos límpidos y expresivos que él se propuso obtener de ella. La pobreza no era una condición indispensable para su genio, pero sí para preservar su genio de impurezas y debilidades como las evitaron Ruskin y Tolstoi, sus dos hermanos. Aunque parezca paradójico, sólo en la pobreza podía él enriquecerse, engarzar y hacer lucir sus recuerdos, "más preciosos que las joyas". Sus recuerdos que eran emociones conservadas intactas y frescas, sin el olvido que traen, involuntario o no, las comodidades y la felicidad de uso de las cosas. La pobreza, que no sólo es el mal de la privación de objetos que requiere una vida digna, sino también el bien de la privación de contactos múltiples y superficiales con las personas y las cosas. La riqueza obliga, para mantenerla, tanto a perder tiempo y dis-

persarse como a estar haciendo constantes concesiones al grupo de intereses a que pertenece. Hudson necesitaba disponer de sí a cada instante, en absoluto y para siempre. Llegó a ignorar toda su vida, en riguroso sistema de ignorancia, qué fueran comodidad y seguridad. Ni mejoró el moblaje de su casa cuando su producción le dió ingresos suficientes para ello, ni supo cuánto dinero tenía depositado en el Banco antes de morir, ni qué le producían en números o en respeto sus derechos de autor. Pensó, sí, en acrecentar el legado que dejaba para protección de los pájaros, y con ese único propósito consintió en la reedición de *Fan*, la más extensa y la inferior de las obras suyas.

Asimismo, la libertad no era para él un bien metafísico, susceptible de ser discutido y ultrajado. Era un bien conatural con la existencia de todo ser. A su juicio, el de la libertad era un instinto natural, pero que no todos los hombres poseen (ni siquiera, muchas veces, aquellos que sucumben en la lucha para ofrendarla a los demás).



PREVISION SOCIAL

UNA COMPAÑÍA minera norteamericana de Sonora, en el noroeste de México, instaló para los obreros y sus familias un pequeño hospital en que los trabajadores encontraban ayuda médica en casos de accidente o de enfermedad. Para despertar el interés de los obreros en este hospital y educarles en la observancia de precauciones higiénicas, se les descontaba de su salario una cantidad insignificante. El total de esa cantidad suponía tan poco que no alcanzaba siquiera para pagar el sueldo de las dos enfermeras empleadas en el hospital.

Los obreros, sin embargo, indios todos ellos, consideraban su contribución tan esencial que sostenían que tanto el médico como las dos enfermeras llevaban una vida de ocio a costa de los trabajadores y que la *company* sacaba de sus imposiciones una buena ganancia extra.

Por lo tanto, cualquier ocasión que se presentaba para complicarles la vida a los tres empleados del hospital, era aprovechada con placer. La inventiva de los obreros estaba en actividad incesante para forjar nuevos planes con tal de que el hospital no tuviese descanso. Cuando alguien se ponía enfermo, no iba al hospital, ni mucho menos, sino que acudía, igual que antes, a sus curanderos que entendían su oficio mejor que los doctores cuyas manos siempre apestaban a veneno. No obstante, y para no regalar nada al hospital, mandaban a las mujeres y a los niños con el objeto de "cobrarse" las imposiciones. Y como quiera que no venían con enfermedades serias, acudían con los casos que los obreros venían tramando en sus tertulias vespertinas.

Una mañana se presenta en el hospital una bonita india y pide que le saquen una muela.

El médico le examina la dentadura y encuentra que la mujer tiene los dientes tan sanos, fuertes y hermosos como los de un potro.

—¿Qué muela le duele?

—No me duele ninguna muela. En la vida me ha dolido muela alguna.

—Entonces ¿a qué ha venido aquí?

—Para que me saque una muela.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no tengo ninguna otra enfermedad — contestó la joven.

—Yo no le saco ninguna muela —dijo el médico. —No estoy loco. Debería usted darle las gracias a Dios por tener los dientes que tiene; daría un año de mi vida por tenerlos como usted.

—¿Me va a sacar la muela o no? Puedo hacer con mis dientes lo que me da la gana. A usted no le importa. ¿O es que se cree usted que mi marido paga sus buenos pesos de plata (en realidad eran centavos de cobre) por nada? Nosotros también tenemos que trabajar, así que no van a estarse todo el día mirando por la ventana, o sentados en la terraza leyendo libros, y las fulanas esas también podrían hacer algo más que comprarse cada día nuevos vestidos con nuestra plata.

Mientras tanto el médico comprendió lo que pasaba; porque el médico conoce a su gente y conoce los oscuros designios tramados en contra del hospital. De manera que le extrae a la mujer un magnífico molar, esforzándose en lo posible en que la operación se efectúe con todo el dolor. Pero la mujer no tuerce el gesto ni deja oír el más leve gemido.

Al darle la enfermera un vaso de agua, la mujer se lo toma, se echa cómodamente atrás, le arroja al médico una mirada triunfante y se va. Su mirada, gracias a la naturaleza expresiva de su raza, habla más agudamente que las palabras:

—Doctor, cuando yo vengo por aquí, tiene que levantarse de un salto, ¿entendido? Para eso le paga mi marido.

Tres días más tarde la mujer vuelve. Y otra vez quiere que se le saque una de sus magníficas muelas. Y, otra vez, por razones políticas, el médico no tiene más remedio que extraerle una nueva muela.

Igual que la vez anterior, la mujer pide la muela para llevarla a su casa y enseñársela a su marido.

A su debido tiempo la mujer hizo extraerse todos los dientes del maxilar superior. Mientras el médico al examinar una vez más la mandíbula vacía buscando una posible infección, estuvo a punto de llorar, la mujer parecía de lo más satisfecha con el resultado.

Una semana después de haberse hecho sacar el último diente del maxilar superior, la mujer volvió a aparecer en el hospital. El médico, sin preguntar nada ni intentar negociación alguna, tomó la tenaza y comenzó a aflojar la primera muela del maxilar inferior, cuando la mujer le agarró violentamente del brazo y gritó: —¿Qué es lo que se propone hacer

conmigo? Me parece que me quiere deshonrar la otra mitad de mi boca.

El médico se queda atónito: —Pero, ¿no ha venido usted para sacarse otra muela?

—¿Cómo se le ocurre! ¿Le he ordenado, acaso, sacarme una muela? He venido para que me coloque de nuevo la primera muela que me sacó. No voy a andar toda la vida sin dientes.

Y le entregó al médico aquella muela que se hizo extraer la primera vez. Pero el doctor le explicó que los dientes pueden sacarse mas no colocarse de nuevo, que la ciencia odontológica no estaba lo bastante avanzada para eso.

—¿Qué? — gritó la mujer indignada. —¿Con qué no puede colocarme los dientes de nuevo? ¿Y usted se llama doctor? ¿De modo que ni esto sabe hacer? Pero sabe haraganear todo el santo día en la terraza. Y mi marido tiene que pagar todo esto. Pero así sois, gringos de la porquería. Maldita sea, ¿no le da vergüenza, so hijo de puta, sacarme mis preciosos dientes y decir después que no puede colocármelos de nuevo? ¡Gringo cabrón!

Y después de lograr el objetivo apetecido de la visita con un jugoso comentario final, la mujer salió de la clínica, orgullosa como una verdulera recién ennoblecida que acaba de abofetear al rey.

Aunque el hospital cumplía con todos los requisitos exigidos a un establecimiento moderno, nunca ha merecido el aprecio de los trabajadores indios de la mina. Con la historia de los dientes perdió el resto de dignidad que aún le quedaba.

En los pueblos vecinos la mujer fué exhibida repetidas veces como viva muestra de la incapacidad del médico y del peligro que representaba el hospital. En todas partes tenía que contar su triste historia. Se maldecía a los gringos según todas las reglas establecidas desde que el buen Dios maldijo a Adán, a Eva y a la serpiente. Y la gente tenía razón. Porque es un robo sin precedente obligar a los trabajadores a mantener con sus míseros salarios un hospital que no vacila en deshonrar a las indias pobres e ignorantes, ni en dejarlas mancilladas para todo el resto de sus días, hasta el punto que ni su propio marido quiere verlas más. El doctor es un loco; pues si la desdichada mujer no se hubiera defendido valientemente, aquel ogro le habría sacado también todos los dientes de la mandíbula inferior.

Todo eso no podía ponerse en duda; porque, envueltos en un trozo de camisa vieja, la mujer llevaba sus dientes a mostrar y hasta un niño podía ver que todos estaban perfectamente sanos.

Así siguieron las cosas durante algún tiempo hasta que un día estalló el motín.

Los obreros llegaron a montones frente a las oficinas gritando y gesticulando, todos tremendamente excitados. Nadie entendía lo que querían porque no entraban en conversaciones.

Sólo se oían gritos provenientes de la masa: ¡Nada de hospital! ¡Nada de doctor! ¡Todos los dientes! ¡Pobres mujeres ultrajadas! ¡Pagar! ¡Pagar al doctor! ¡Vestidos nuevos! ¡Leyendo periódicos! ¡Pagarlo todo!

Para entender castellano no basta con haberlo estudiado. Y para el castellano que hablan los trabajadores indios en los distritos mineros tiene uno que haber tenido por lo menos una madre india.

Los gerentes de la *company*, que no pueden confesar que ignoran la lengua de sus obreros, entendieron, sin embargo, lo esencial de la gritería. Trataron, al menos, de persuadirse de que lo entendieron todo muy bien, como quiera que eran los patronos o sus legítimos representantes, se hicieron una composición de lugar en conformidad con su propia posición social y económica. En su informe a la administración central salió a relucir lo que han entendido. Según aquel informe, los obreros gritaban: —No ganamos siquiera lo bastante para ir al hospital. Ni siquiera lo bastante para ir a ver al doctor. Ganamos tan poco que no tenemos nada para hincharle los dientes. Nuestros salarios son tan bajos que nuestras mujeres tienen que corretear deshonradas porque no tienen nada que ponerse. ¡Y necesitan vestidos nuevos!

Como el tumulto no cesaba y los gritos y exclamaciones de la gente se hacían más y más violentos sin que se notase un cambio en el tema, el gerente apareció finalmente en la terraza y pronunció, con sus cuatro migajas de español, un discurso que culminó en lo siguiente: —Sí, sí, concedido. A partir del lunes de esta semana todo hombre recibirá veinticinco centavos diarios más. Vuelvan al trabajo. Todo está arreglado. ¡Muy bueno, amigos!

De la mujer y de sus dientes no se ha vuelto a hablar más.

A L E S S A N D R I

IBA terminando el período de Sanfuentes. El pueblo, al parecer, poco dispuesto al endiosamiento de cualquiera, desconfiado y quitado de bulla, estaba lleno de fuertes anhelos y necesitaba personero. La elección presidencial se lo proporcionó en don Arturo Alessandri, hombre de voz cálida, hecha de templados metales, que podía hablar tres o cuatro horas seguidas, cuya gesticulación era tan elocuente como sus palabras; de un poder de simpatía no superado por ningún otro chileno; vehementísimo, especie de mago que transformaba las frases hechas, y las ideas más atrozmente manidas, en oro puro.

Si uno incurría en la debilidad de escucharle perdía todas las defensas, y era inevitable que vibrara y aplaudiera con locura, sin perjuicio de examinar después lo dicho por él y llegar a la conclusión de que eran ideas comunes, repetidas desde el albor de los tiempos.

Una vez que él hablaba desde el balcón de "El Mercurio" y yo caminaba por Compañía, salió de la Librería Miranda el Coronel Phillips, delgado y alto, y sintió el eco del discurso. Entonces dijo, con súbita indignación: ¡Ya está hablando ese...! y se alejó hacia la Plaza con el rostro vuelto hacia atrás, temeroso de que, si no lo hacía, el sortilegio de la voz distante lo arrastrara y se viese obligado, como los demás prójimos, a escuchar y aplaudir porque sí.

Alessandri conmovió a Chile más que todos los terremotos juntos y elevó a la gente a un grado de emoción desconocida.

Las mujeres, los obreros, los muchachos, mientras duró la campaña presidencial, estuvieron día y noche ante su casa y, en sus pañuelos, llevábanse la tierra del zócalo como amuleto de renovada virtud.

Si Alessandri aparecía por una de las esquinas inmediatas, corría la gente a su encuentro y en silla de mano era trasportado a su domicilio. Cada hora, de la mañana a la noche, era llamado por la multitud y él tenía que hablar desde la ventana. Cuando terminaba los proletarios quedaban con la sensación de haberse convertido en potentados.

Alessandri era, por temperamento, revolucionario. A su genio convenía el cambio, el vuelco vertical de las instituciones y normas anquilosadas. Tengo la certeza de que sus palabras traducían su sentir íntimo ¡pero lo sentía todo! De haber podido ser su propio espectador, hubiese hecho una revolución social profunda. Era el hombre del destino, el héroe creado o descubierto por el pueblo. ¿Qué fuerzas humanas podían oponerse o competir con su poder? Mas, dentro del Alessandri reformador y orador, había otro Alessandri dominado por la fría inteligencia y el instinto político que sofrenaba al primero.

Durante la campaña la muchedumbre hizo suya la melodía de Cielito Lindo y le dió otra letra absolutamente alessandrista. Se cantó más que el himno nacional. Cantábanla de día y de noche, dentro y fuera de los hogares, en los tranvías, en las victorias, en todas partes. Y de día y de noche vibraba el grito de ¡Viva Alessandri!

Un grupo de sus parciales pasó cantando en tranvía. En una esquina, un individuo con aspecto de portero de casa grande, gritó: ¡Viva Barros Borgoño! Aunque el tranvía pasara veloz, parecióle al propio gritón demasiada audacia la suya y huyó.

Alessandri fué un gran reformador sin otro paralelo que Balmaceda, pero superó a éste en que supo y sabía, en cada momento, cuál era el punto de acuerdo entre los intereses contrarios, y esta sabiduría le permitió, con un mínimo de oponentes, crear la nueva Constitución, separar la Iglesia del Estado y forjar el ambiente para que se aceptasen todas las leyes sociales, con lo cual evitó una revolución; salvó la vida y la fortuna de las clases altas, abrió camino al proletariado para conquistar lo suyo y fortaleció hasta límites desconocidos a la naciente clase media, fuerza de equilibrio. Es casi imposible imaginar lo que era el pueblo a comienzos de este siglo, pero los que en esa época eran jóvenes pueden recordar algo y retrotraerían aquella realidad si mirasen, ahora, el paso de un desfile de obreros atendiendo sólo a cómo éstos van vestidos.

La tercera cualidad de Alessandri fué su asombroso poder de fascinación, nunca disminuído, que subyugaba a partidarios y enemigos, cualidad que le permitió llegar hasta donde no alcanza el intelecto: a la raíz del alma del hombre común, del hombre que obedece a sus emociones.

Si se arribara, de reforma en reforma —lo que quizás esté en nuestra índole— a una sociedad socialista, y en ésta se conservara el gusto por las estatuas, sería la suya la primera en

erigirse porque fué el verdadero, el más grande precursor. Cuando alguien abre un camino, lo abre tropezando, fatigosamente, paso a paso. Después cualquiera puede correr por él.

De haber sido Alessandri no más que reformador ¿quién podría negarle que eso sólo lo convierte en el político de los políticos?

Su don para armonizar las fuerzas contrapuestas, en un período de cambios, le habría bastado también para ocupar un sitio alto y solitario.

A otro, su poder de fascinación lo hubiese tornado en hombre único.

¿Qué nombre darle a él que reunió en sí tantas personalidades?

Se me podría decir que no reparo en lo que Alessandri pudo tener de negativo. Respondería que tomo de los hombres lo que me place.



Edmund Wilson

LA CRITICA LITERARIA Y LA HISTORIA *

I

ME PROPONGO hablar de la interpretación histórica de la literatura, esto es, sobre la interpretación de la literatura en su aspecto social, económico y político.

Para empezar, vale la pena decir algo acerca de esa clase de crítica que quiere ser su antípoda. Pues hay una clase de crítica comparativa que pretende ser ahistórica. Por ejemplo: la crítica de T. S. Eliot, de tan enorme influencia en nuestro tiempo. Eliot ve, o trata de ver, el conjunto de la literatura, hasta donde puede abarcarla, como extendida ante él bajo el aspecto de la eternidad. Compara entonces la obra de los distintos países y períodos para sacar conclusiones en torno a lo que debe ser la literatura. Desde luego, comprende que nuestro punto de vista literario es variable y posee, a mi parecer, un concepto muy seguro de la totalidad de lo escrito en el pasado. Para él es como un cuerpo al que se le agregan continuamente nuevos elementos que no sólo acrecientan su tamaño sino que lo modifican en su conjunto. De modo que Sófocles ya no es lo que era para Aristóteles o Shakespeare para Dryden o el Dr. Johnson, debido a toda la literatura que media entre ellos y nosotros. Pero en cada etapa de este continuo acrecentamiento, el campo entero puede observarse como extendido ante el crítico. El crítico trata de verlo como si fuera Dios; convoca a los libros a un Día del Juicio. Y mirando las cosas de tal modo arriba a conclusiones a las que difícilmente puede llegarse por otro camino. Eliot fué capaz de ver así —lo que yo creo no se había visto antes— que la poesía simbolista francesa del siglo XIX tenía cierto parecido con la poesía inglesa de la época de Donne. Otra clase de crítica sacaría ciertas conclusiones históricas de este hallazgo puramente estético. Es lo que haría el ruso D. S. Mirsky; pero no Eliot.

Otro ejemplo de crítica ahistórica un poco diferente y en un plano algo distinto también, es la que hizo el difunto

* De una conferencia en la Universidad de Princeton.

George Saintsbury. Saintsbury era un catador de vinos y escribió un libro interesante al respecto. Su actitud frente a la obra literaria era también la de un *connoisseur*. Cata a los autores y nos habla de la vendimia; distingue las cualidades de los diferentes vinos. Su paladar es refinadísimo y posee el don de apreciar muchos estilos literarios. Hombre de fuertes prejuicios sociales y de tendencias políticas particularmente intransigentes, sabe, sin embargo, apartarlas de su crítica literaria en la medida humana en que es posible. El resultado es uno de los comentarios más agradables que se han escrito acerca de la literatura.

II

Con todo, hay otra tradición de crítica que data de principios del siglo dieciocho. En 1725, el filósofo napolitano Juan Bautista Vico publicó *La Scienza Nuova*, una obra revolucionaria en la filosofía de la historia, donde afirma por vez primera que el *mundo social* es ciertamente la obra del hombre y emprende lo que constituye, a mi ver, la primera interpretación social de una obra literaria. He aquí lo que Vico dice de Homero:

"Homero compuso la *Iliada* en su juventud, esto es, en la juventud de Grecia. Encendida estaba entonces Grecia de pasiones sublimes: orgullo, ira, venganza. Estos sentimientos son incompatibles con la hipocresía; pero no excluyen la generosidad. Grecia admiraba entonces a Aquiles, *el héroe de la fuerza*. Homero compuso la *Odisea* cuando estaba viejo, cuando empezaban a atemperarse las pasiones griegas por la reflexión, madre de la prudencia. Grecia admiraba entonces a Ulises, *el héroe de la prudencia*.

"¿Cómo podría asignarse a la misma época modos tan disímiles? Platón quedó tan impresionado por este problema, que no sabiendo cómo resolverlo, pretende que Homero, en sus divinos transportes de entusiasmo, era capaz de prever la vida afeminada y disoluta del futuro. ¿Mas no es esto atribuir la imprudencia máxima a quien presenta como el fundador de la civilización griega? Ofrecer una reseña de tales costumbres antes de su existencia, por más que se la condene al mismo tiempo, ¿no es enseñárselo a imitar al pueblo? Conviengamos más bien que el autor de la *Iliada* debió preceder en mucho al de la *Odisea*. El primero, que venía del noreste

de Grecia, cantó la guerra troyana que tuvo lugar en su tierra nativa; mientras que el último, nacido en el sudeste, celebraba a Ulises, que reinó en esa parte del mundo".

Vemos aquí cómo Vico ha explicado a Homero en términos correspondientes a su época histórica y a su origen geográfico. La idea de que las artes y las instituciones humanas debían estudiarse y dilucidarse como expresión de las condiciones geográficas y climatológicas en que vivía el pueblo que las creaba, así como de la etapa del desenvolvimiento social que atravesaba en ese momento, alcanzó verdadero auge durante el siglo XVIII. Trazas de ello encuéntrase aún en el Dr. Johnson, el más ortodoxo y clásico de los críticos. Por ejemplo, cuando atribuye ciertas características de Shakespeare a la relativa barbarie del tiempo en que vivió aquél. Señala, igual que Vico, que "los países como los individuos tienen infancia". Y alrededor de 1880, Herder, en sus *Ideas sobre la filosofía de la historia*, afirmaba que la poesía era una especie de "Proteo entre los pueblos, que siempre anda cambiando su forma de acuerdo al lenguaje y los hábitos, al temperamento y al clima; y más aún, al acento de los distintos países". Decía —lo que ya no debía llamar tanto la atención entonces— que "el lenguaje no es una comunicación divina sino algo inventado por los mismos hombres".

En las conferencias que sobre la filosofía de la historia pronunció Hegel en Berlín (1822-23) discute asimismo las grandes literaturas nacionales como expresión de las sociedades que las produjeron; sociedades que consideraba como enormes organismos transformándose continuamente bajo el impulso de las ideas dominantes.

En el campo de la crítica literaria este punto de vista histórico tuvo su completo florecimiento inicial en la obra del crítico francés Hipólito Taine, a mediados del siglo decimonoveno. Toda la escuela de críticos-historiadores a que él pertenecía —Michelet, Renan, Sainte-Beuve— se ocupaba de interpretar la literatura de acuerdo con su origen histórico. Pero Taine fué el primero en aplicar estos principios en forma sistemática y en gran escala a una obra exclusivamente literaria. En la Introducción a su *Historia de la literatura inglesa*, publicada en 1863, expone su famosa teoría sobre los tres factores —el momento, la raza y el medio— que determinan la obra literaria. Taine se creía un científico y un téc-

nico que examinaba la literatura del mismo punto de vista del químico en su laboratorio. Pero la diferencia entre el crítico y el químico estriba en que el crítico no puede combinar de antemano los elementos para ver después el resultado. Sólo puede analizar el fenómeno cuando éste ya ha tenido lugar. Lo que Taine intenta, en verdad, es disponer de un escenario para el experimento, describiendo la época, la raza y el medio para decir en seguida: "una situación semejante requiere tal laya de escritor". Prosigue, pues, describiendo la clase de escritor que esa situación exige y al término de su descripción descubrimos que estamos frente a Shakespeare, Milton, Byron o cualquiera otra gran figura que se preste para probar la exactitud del pronóstico de Taine y de su descripción.

Hay, por tanto, un elemento de impostura en Taine; pero es una suerte que lo haya. Si Taine hubiese sido sólo el técnico que se creía, su obra literaria tendría muy poco valor. La verdad es que Taine amaba la literatura en sí; era un excelente artista en sus mejores momentos; y como poseía convicciones morales muy firmes eso impregnaba de sentimiento a sus escritos. Por cierto, su mentalidad era del tipo analítico, y su análisis, aunque terriblemente simplificado, ejercía una función docente. Pero su obra es lo que se llama una obra creadora. Diga lo que diga sobre experimentos químicos, es evidente que cuando Taine escribe acerca de un gran escritor en quien la raza, el medio y la época se combinan como los tres sonidos del acorde en el poema de Browning, sobre Abt Vogler, el producto no es un cuarto sonido sino una estrella.

III

A la serie de factores de Taine agregóse, al promediar el siglo, un nuevo elemento, el económico, introducido principalmente por Marx y Engels en la discusión de los fenómenos históricos. Los mismos críticos no marxistas tomaban ya en cuenta por aquella época el influjo de las clases sociales. En el capítulo sobre la conquista de Inglaterra por los normandos, Taine muestra que la diferencia entre la literatura de los normandos y la de los sajones era, en parte, la diferencia entre la clase gobernante, por un lado, y la clase conquistada y oprimida, por el otro. Y Michelet, en su volumen

sobre la Regencia, concluido el mismo año en que se publicó la *Historia de la literatura inglesa*, estudia *Manon Lescaut* como un documento representativo de los pequeños terratenientes contra la Revolución Francesa. Pero Marx y Engels deducen las clases sociales más bien del modo cómo la gente se gana la vida, de lo que ellos llaman *métodos de producción*. Se inclinan a considerar estos procesos económicos como fundamentales para la civilización humana.

El materialismo dialéctico de Marx y Engels no es por cierto tan materialista como suena. Posee una gran dosis del idealismo hegeliano, del que uno y otro creían haberse liberado. Ellos nunca tuvieron un punto de vista tan mecanicista como el profesado por Taine. Su teoría sobre la relación entre la obra literaria y lo que consideraban el fundamento económico, era mucho menos simple que la teoría de Taine. Creían ellos que el arte, la política, la religión, la filosofía y la literatura pertenecían a lo que llamaban la *superestructura* de la actividad humana. Pero veían que los que se dedicaban a estas distintas ramas tendían a constituir también grupos sociales, tratando de alejarse siempre de la solidaridad basada en los estratos económicos para establecer una solidaridad propia. Además, las actividades de las superestructuras podían influenciarse mutuamente como influenciar asimismo al fundamento económico.

En general, puede decirse que Marx y Engels, contrariamente a la impresión popular, eran modestos, perplejos, cautos, allí donde un materialista como Taine estaba absolutamente seguro. Marx trató una vez de explicar la excelencia de los poemas homéricos, a pesar de que desde su punto de vista —el punto de vista industrial— la sociedad que los produjo era tan primitiva. Esto le dió bastante trabajo a Marx. Y si comparamos su planteo de este problema con el de Vico, vemos que la explicación de la literatura en términos de una filosofía de la historia social, se ha hecho más complicada en vez de más simple.

Por otro parte, Marx y Engels estaban profundamente ganados por la admiración germánica hacia la literatura que aprendieron de la época de Goethe. Jamás se les habría ocurrido a ninguno de los dos pensar que *der Dichter* no era el ser más noble y útil de la humanidad. Cuando Engels escribe acerca de Goethe lo presenta como un hombre preparado para la "vida práctica", cuya carrera es frustrada por la "mi-

sería" de la situación histórica de Alemania en su tiempo. Le reprocha el haberse dejado atrapar por el filisteísmo "precavido, satisfecho, mezquino", de la clase de que provenía. Pero Engels lo lamenta sobre todo porque impidió el desarrollo del genio altivo, burlesco y desafiante de Goethe, a quien llama *der geniale Dichter, der gewaltige Poet*. Engels no se atreve siquiera a reprocharle, según dice, que no fuera liberal en política, sino que hubiera sacrificado a su temor burgués su más genuino sentido estético. Y los grandes críticos, como Franz Mehring y Bernard Shaw, aprendieron en Marx esa misma devoción hacia el sacerdocio literario.

Shaw deplora en Shakespeare la falta de filosofía política y eso que considera su esnobismo mesocrático; pero admira su poesía tanto como Swinburne y describe hasta esas comedias de taquilla: *Twelfth Nigth* y *As You Like It*, cuyos temas le parecen despreciables, como "joyeles de la corona de la poesía dramática inglesa". Un crítico así hace más por un autor, al mostrarlo como un hombre auténtico en un mundo auténtico, y en determinado momento, que un crítico impresionista del tipo de su contemporáneo Swinburne. Un crítico impresionista asoma al conjunto de la literatura como a una exposición de joyas creacionistas y sólo consigue hacer una minuta rapsódica. Pero Bernard Shaw fué capaz de hacer por Shakespeare lo que ningún otro crítico había hecho; darle nueva vitalidad y significación para los hombres de nuestro tiempo.

IV

La insistencia en que el hombre de letras debe desempeñar un papel político; el menosprecio de la obra literaria con respecto a la acción política, no era originariamente, de ningún modo, una parte del marxismo. Esto sobrevino mucho más tarde. Abrióse camino en Rusia, merced a ciertas tendencias especiales de dicho país, que datan de mucho antes de la revolución y de la propia promulgación del marxismo. En Rusia había buenos motivos para que las implicaciones políticas de la literatura fueran particularmente acentuadas por los críticos. La censura de Nicolás I fué ciertamente uno de los factores que estimuló el maravilloso arte implicador de Púschkin, un arte que establece la tradición para la mayoría de los grandes escritores rusos que le siguen. Cada comedia,

cada poema, cada cuento debía ser una parábola en que la moral estaba implícita. Si ésta hubiera sido explícita, el censor habría suprimido el libro, como intentó hacerlo con *El caballero de bronce*, de Púschkin, donde hay implicaciones que saltan a la vista. Camino de la revolución, y pasando por los cuentos y comedias de Chéjov, la literatura de imaginación en Rusia ofrece la curiosa paradoja de un arte técnicamente objetivo y al mismo tiempo cargado de significación dinámica. En Rusia, toda la crítica social bajo el Zar debía, ineludiblemente, ser política, porque la necesidad más premiosa, del punto de vista de la *intelligentsia*, era el derrumbe del régimen zarista.

Hasta Tolstoi, el moralista neocristiano, que pretende ser apolítico, desemboca también inevitablemente en la política, porque la emprende contra la Iglesia y la Iglesia es parte integrante del zarismo. Su panfleto *¿Qué es el Arte?* donde a favor de su moral intransigente, arroja por la borda a Shakespeare y a una buena porción de la literatura moderna, incluyendo sus propias novelas, es para nosotros el ejemplo más familiar de aquella moralizadora crítica rusa. Pero es sólo la expresión más sonada de una especie de acercamiento que prevalece desde Bielinski y Chernichevski, al comienzo de la centuria.

Los críticos rusos, generalmente periodistas que escribían en el destierro o en la prensa clandestina, instaban a los escritores de imaginación a mostrar un contenido más audaz.

Después de la revolución, este aspecto no cambió. Los viejos hábitos de la censura persistieron en la nueva sociedad socialista de los soviets, formada necesariamente por gente que llevaba el sello del antiguo despotismo. Así asistimos al peculiar fenómeno de una serie de grupos literarios que tratan de obtener, uno tras otro, el reconocimiento oficial, o de hacerse lo suficientemente poderosos para erigirse en árbitros de toda la literatura. Lenin, Trotsky, Lunacharsky, tuvieron el tino de oponerse a tales tentativas. Los camaradas dictadores del Proletcult, Lev o Rapp, serían sin duda tan pésimos como el conde Benckendorff, que arruinó a Puschkin; pero cuando, después de la muerte de Gorki, la burocracia estalinista se apodera de este departamento, como de todos los demás, instituye un sistema de represión que hace aparecer al conde Benckendorff y a Nicolás I como unos Médicis.

Entre tanto, Trotsky, gran escritor político él mismo, interesado siempre en las bellas letras, trata en 1924, a propósito de uno de aquellos movimientos, de esclarecer la situación. Publica un libro brillante y significativo bajo el título de *Literatura y Revolución*, en el que expone los designios del gobierno, analiza la obra de los escritores rusos y elogia o ataca estos últimos, según los crea en armonía o en conflicto con aquél.

Trotsky es agudo, atrayente; y es obvio que la literatura le interesa de manera profunda y aún sabe que la obra de arte no llena su función en términos de propaganda partidaria. Pero Maiakovsky, el poeta soviético, a quien Trotsky alabara con reservas, tuvo una famosa salida humorística. Cuando se le preguntó qué pensaba del libro de Trotsky, dijo: Cuando un comisario se torna crítico continúa siendo siempre comisario.

Lo que un extranjero no puede aceptarle a Trotsky es su creencia de que el gobierno debe meter mano en la orientación de la literatura. Este punto de vista, propio de Rusia, fué exportado a otros países mediante la extensión de la influencia comunista, y sus seguidores literarios han reflejado el control del Kremlin a través de todas las fases por que ha pasado desde el continuo encarcelamiento de los escritores soviéticos, a partir de 1935. Pero el meter mano en la literatura nacional no ha formado nunca parte del sistema republicano o democrático en los Estados Unidos. Y mientras tengamos la suerte de seguir siendo un país no totalitario podremos pasarnos sin este aspecto de la crítica histórica de la literatura.



DOS NOMBRES INSEPARABLES

A MEDIADOS de 1920 Unamuno escribe a su amigo Jiménez Ylundain, establecido en París: "De todos modos, Lenin es un hombre para siempre, como Marat, Cronwell, Lutero..." Si se advierte que añade aún tres nombres más antiguos y otras tantas ies griegas, no es mucho suponer que tenía en pensamiento a Trotsky, cuyo libro *Mis peripecias en España* sólo conocería un decenio más tarde. Pues, desde las vísperas de octubre, anda el uno históricamente ligado al otro, a tal punto que ningún úkase puede separarlos, como es imposible separar hoy el nombre de Saint Just del de Robespierre.

El testimonio inicial de John Reed en su clásico libro: *Diez días que conmovieron al mundo* nos muestra la génesis de dicha unión en el reflejo exacto de los acontecimientos que la produjeron. ¿Quién no recuerda una de las muchas veces que el gran periodista norteamericano asocia los nombres de Lenin y Trotsky en sus famosas crónicas? Lo hace primero al ocuparse de la sesión decisiva del Comité Central: "Entre los intelectuales, únicamente Lenin y Trotsky defendían la insurrección, seguros de mantenerse en el gobierno".

Luego arrima una prueba indirecta mediante la cola del último discurso que le oye a Kerensky; cola, por cierto, llena de veneno retórico para esos dos líderes precisamente, ya que tras de insistir sobre "la lucha titánica que llevan a cabo Lenin y Trotsky para convencer a sus colegas del Comité Central", John Reed deja constancia de otra prueba más directa: el documento oficial, bolchevique, que los declara "indispensables" cuando los conciliadores y escépticos exigen su exclusión.

Al mismo John Reed le asoman esos nombres y no otros para simbolizar finalmente la victoria de los Soviets en las últimas páginas de su libro: "Lenin y Trotsky siguen en el gobierno y el Comité militar revolucionario continúa en sus funciones".

El testimonio de John Reed es el primero y más difundido; pero no el único. Muchos escritores de los más distintos idiomas —el ruso, es claro, en primer término— juntan

por aquella época, en favor o en contra, los dos nombres representativos. Algunos poetas no tardan en acoplarlos a la española, rimando acertadamente con Lenin y Trotsky el Kremlin y el Smolny, donde uno y otro trabajan. Una profusa iconografía, sin mayor trascendencia estética, desde luego, populariza enseguida sus imágenes a través del cine y las revistas ilustradas; un anecdótico igualmente pintoresco los rodea de voces obreras y campesinas. Estas últimas sólo alcanzan categoría literaria gracias a los inspirados cuentos de la *Caballería Roja*, de Babel.

En la práctica de la dictadura del proletariado, antídoto, inevitable, impuesto con carácter transitorio por la ingerencia armada de la burguesía internacional, y que, de cualquier modo, es expresión de la barbarie del pasado más que de la cultura del porvenir, los nombres de Lenin y Trotsky se vuelven para los revolucionarios de todo el mundo tan indivisibles como los de Marx y Engels en la teoría de medio siglo antes.

Terminado el comunismo de guerra, Lunacharsky, comisario de educación pública y penetrante crítico literario, afirma en una serie de *Siluetas de la Revolución*: "Los más indicados entre todos para sus tareas, son los dos más fuertes de los fuertes: Lenin y Trotsky".

Frente a tal cúmulo de afinidades, que la misma Krupskaja subraya en carta inolvidable ¿qué significan las diferencias episódicas entre Lenin y Trotsky, anteriores a la Revolución? Sin embargo, estas diferencias son la base de una leyenda fomentada oficialmente dentro y fuera de la Unión Soviética, que muchos escritores siguen fielmente al ocuparse de Lenin y sus compañeros de Octubre. De creerles, uno debe admitir forzosamente que nadie fué menos conocedor de los hombres que quien los eligió para los puestos más eminentes; pues, fuera de Stalin, resulta que Lenin sólo supo rodearse de traidores... ¡Y de qué clase!

Pero el juicio de Máximo Gorki, antes de sumarse a tal absurdo, era muy distinto. El último de los grandes escritores rusos del siglo XIX registra en una vieja conversación con Lenin sobre Trotsky estos términos del primero: "Ya sé que corren por ahí muchas mentiras acerca de mis relaciones con él. Se miente mucho y por lo visto con ganas, tratándose de Trotsky y de mí".

El sentido de tales palabras es intergiversable. Basta insistir con otro acápito de la misma conversación. Refiriéndose a Trotsky, Lenin le dice a Gorki en tono desafiante: "¡Y bien, cíteme el hombre capaz de levantar en el plazo de un año un ejército casi modelo y que además haya conseguido el respeto de los especialistas militares!". Inspirar respeto al adversario era efectivamente una de las grandes preocupaciones de Trotsky.

En la novela de D. H. Lawrence, *Canguro*, escrita en 1922, y que simboliza una especie de Kerensky del trópico de Capricornio, Richard Somers Lovat, alter ego del autor, objeta con mucho espíritu visionario: "El único peligro está que en la revuelta pudieran surgir de golpe un Lenin y un Trotsky australianos y entonces Canguro tendría que darse prisa en volver a la manigua".

Por su parte, Stefan Zweig asocia esos mismos nombres históricos en una biografía de Tolstoi, al decir: "Sin embargo, ninguno de los revolucionarios rusos del siglo XIX preparó tanto el camino a Lenin y a Trotsky como ese conde anti-revolucionario que fué el primero en desafiar al Zar y que, perseguido por el Santo Sínodo, abandonó la Iglesia". (Juicio que Lenin confirma en estas palabras: "Particularmente significativa fué por la década del 80 la influencia del conde Tolstoi, no del artista, que era desde hacía mucho tiempo ilustre a justo título, sino del predicador, del monitor"; y que Trotsky explica del siguiente modo: "Mas si para la *Intelligentsia* el tolstoísmo significó una renuncia a la lucha activa, para los obreros fué a menudo la forma primera, aún vaga, de protesta contra la injusticia social. Porque las mismas ideas cumplen con frecuencia funciones opuestas en las distintas capas sociales"). Lo que constituye otro encuentro de ambos líderes digno de ser registrado y que parafrasea ciertamente Stefan Zweig.

Pero desde la muerte de Lenin y a todo lo largo del destierro de Trotsky, hasta su asesinato en México, los escritores oficiales y los biógrafos oficiosos, no han encontrado sistema más fácil que el socorrido de exaltar a aquél en detrimento de éste. Con lo que hasta ellos mismos confirman a su modo la imposibilidad de abrir una brecha en su trayectoria de Octubre. Así, aún ese oportunista correvedile del Presidente Roosevelt, Mr. Joseph E. Davis, no puede menos que

anotar en su *Misión en Moscú*: "El comunismo de Lenin y Trotsky no existe ya en la U.R.S.S."

Del punto de vista literario el propio Trotsky ha hecho inseparable su nombre del de Lenin, dejándonos una Vida inconclusa del joven Vladimiro Uliánov. Este libro, según el prestigioso crítico norteamericano Edmund Wilson, "recuerda de modo inequívoco la pintura de Sócrates por Platón".

Desgraciadamente, sólo se ha impreso en francés un primer volumen que comprende la infancia y mocedad del líder, desde su nacimiento en Simbirsk, sobre el Volga, hasta su insegura instalación en Petersburgo. Es decir, desde 1870 hasta 1893, años en los que el futuro Trotsky, nacido en 1879, nada sabe por sí mismo del futuro Lenin. Esta inexperiencia personal confiere a dicho volumen, el primero también por su calidad en el conjunto de la obra de Trotsky, un carácter único.

En efecto, hasta entonces el gran escritor revolucionario había ensayado en sus mejores libros —desde 1905 hasta el profético *¿Y ahora?...*, al mismo tiempo que una estricta interpretación del movimiento socialista internacional, una especie de memorias heroicas. Y, aunque ha sabido en toda ocasión hablar de Trotsky, como de otro cualquiera, en tercera persona, sin duda el conocimiento íntimo de los hechos desarrollados a su vista o bajo su dirección, le daban no poca ventaja en el relato, siempre de primera mano. Sólo en el caso de la juventud de Lenin ese privilegio se hizo imposible, pues apenas si tuvo cómo conseguirse fuera de la U.R.S.S. algunos documentos auténticos. De ahí el mérito extraordinario de esta obra en torno a la formación de Lenin, obra que, por curiosa paradoja, se ha leído en muchos países burgueses relativamente libres; pero no en el más libre... de Lenin y Trotsky.



EL ABOGADO ULIANOV

VLADIMIRO estaba obligado a pensar en su propia suerte, en lo que se llama el mañana. Había obtenido el diploma. Era necesario utilizarlo. Entró así al foro dispuesto a ejercer la profesión de abogado. "Porque Vladimir Iliitch —como recuerda Elisarova—, carecía de recursos, salvo la pensión de la madre y la chacra de Alakaievka, dilapidada poco a poco". Eliigió el despacho del jurista con quien cuando aún vivía en Kazán jugaba al ajedrez por correspondencia. Khárdin era una figura poco común, no sólo como abogado y estratega del ajedrez, que había merecido el elogio de Tchigórin, el campeón ruso de aquella época, sino también como hombre público de su provincia. A los veintiocho años llegó a ser presidente del *zemstvo* en la capital de su distrito; pero muy pronto, en un día, fué destituido como sospechoso, "por orden de su majestad". ¡Pocos eran entonces los que merecían tal honor! Según N. Samoílov, que ha pintado en forma muy vivaz sus primeros encuentros con Vladimiro, Khárdin guardó hasta en su madurez cierta simpatía por los revolucionarios y supo no exasperarse con la ideología marxista. Vladimiro, al decir de la Elisarova, tenía por hombre muy inteligente a Khárdin. Desde la época de Kazán había apreciado en ese jugador de ajedrez "un valor de todos los diablos" y participaba con regularidad en los torneos semanales organizados en su casa.

La inscripción en el Foro no se hizo desde luego sin dificultad. El tribunal del distrito de Samara exigía del abogado Uliánov un certificado de lealtad política; la Universidad de Petersburgo, que le concediera el diploma, no podía extendersele pues ignoraba a Uliánov como estudiante. Por último, el tribunal, a instancias del mismo Vladimiro, recurrió al departamento de policía, que, magnánimo, declaró "que no tenía inconvenientes". Tras cinco meses de dilaciones, Vladimiro consiguió al fin, en julio de 1892, el permiso para ejercer.

En calidad de defensor, sólo intervino en diez asuntos criminales; siete por designación de oficio y tres por convenio. Sólo causas pequeñas de gente insignificante, causas des-

esperadas; y las perdió todas. Hubo de defender a campesinos, obreros agrícolas, pequeños burgueses necesitados, a menudo por hurtos menores, cometidos a causa de la extrema miseria. Los acusados eran: varios mujiks que tramaron el robo de trescientos rublos a un campesino rico de su pueblo; algunos jornaleros que trataron de substraer trigo de una granja donde fueron sorprendidos en flagrante delito; un aldeano mísero que había llevado a cabo cuatro hurtos ínfimos y otro acusado en el mismo caso, además de unos cuantos obreros que robaron "con fractura" algunos efectos avaluados en ciento sesenta rublos. Todos estos delitos eran tan poco complicados que los debates de cada asunto duraban a lo sumo una hora y media o dos y el escribano ni siquiera se tomaba el trabajo de leer en extenso el acta, limitándose a la fórmula estereotipada: después de la requisitoria del substituto, el defensor Uliánov tomó la palabra. Solamente dos muchachos de trece años que habían participado en el robo con los adultos, fueron perdonados, más en consideración a su corta edad que a los argumentos de la defensa. Los otros fueron reconocidos culpables y condenados. Uliánov tuvo también a su cargo la defensa de un pequeño burgués de Samara, llamado Gussev, que había azotado a su mujer. Después de un breve proceso en el que había comparecido la víctima, el defensor Uliánov se negó a pedir una reducción de la pena para el acusado. En este asunto como en todos los de igual género se sintió toda la vida un fiscal implacable.

En tres ocasiones semejantes, Uliánov alegó a petición de los acusados. Un grupo de campesinos y pequeños burgueses fué inculcado de haber robado algunos rieles y una rueda de moler a un comerciante de Samara. Todos fueron declarados culpables. Un joven aldeano fué acusado de desobediencia y ultraje a su padre. El asunto se aplazó a petición de la defensa y nunca más encontrado: el hijo hizo llegar al padre una carta comprometiéndose a obedecerle sin discusión y las partes se reconciliaron. Y por fin, la última vez que Uliánov tuvo que alegar, fué en defensa de un jefe de estación acusado de descuido a causa de lo cual dos vagones vacíos chocaron. Ni aún aquí la defensa fué eficaz y el ferroviario fué declarado culpable. Estas eran las causas del provisional abogado Uliánov. Causas humildes, pérdidas de antemano como la vida humilde de la clase a que pertenecían los acusados. El joven defensor examinaba —¿qué

duda cabe?— con ojo penetrante cada causa y cada inculcado. Mas no era posible ayudarles con remedios parciales; se imponía uno total. Y para eso necesitábase otra tribuna y no la del tribunal provinciano de Samara.

El abogado Uliánov sólo ganó una causa judicial, pero —es el índice del destino— en ella usó de la palabra no como defensor sino como acusador. Fué en el verano de 1892, Vladimiro y Elisarov partieron de Zyran, situada en la ribera izquierda del Volga, para ganar el pueblo de Bestuyevka donde el hermano de Elisarov poseía un fundo. El comerciante Aréfiév, que se había adjudicado a perpetuidad el derecho del transporte, consideraba el río como su feudo: cada vez que algún botero se permitía cruzarlo con pasajeros el vaporcito de Aréfiév lo perseguía obligando a todos a volverse. Así ocurrió también aquella vez. La amenaza de recurrir a la justicia por su arbitrariedad no surtió efecto. Hubo que ceder a la fuerza. Vladimiro tomó los nombres de los que participaron en el incidente y de los testigos. El entredicho fué debatido donde el jefe del *zemstvo* de Zyran, a más de cien verstas de Samara. A petición de Aréfiév, el jefe del *zemstvo* postergó la audiencia una y otra vez. El comerciante tenía, evidentemente, la intención de acabar con la paciencia del acusador. La tercera fecha fijada para el juicio caía ya en invierno. Vladimiro tuvo que soportar una noche de insomnio en el tren, fatigosas horas de espera en las estaciones y en la antesala del *zemstvo*. María Alejándrovna trató de disuadirlo del viaje. Mas Vladimiro fué inflexible: la causa estaba empezada y había que ir hasta el fin. La tercera vez el jefe del *zemstvo* no consiguió librarse: bajo la presión del joven jurista se vió obligado a condenar al famoso comerciante a un mes de prisión. ¡No es difícil imaginarse la alegría que cantaba en el alma del vencedor mientras regresaba a Samara!

Con todo, la experiencia del foro fué un fracaso lo mismo que anteriormente la experiencia agrícola. No porque Vladimiro careciera de las cualidades necesarias para estas profesiones. Era tenaz, poseía un ojo seguro, atención para los menores detalles, capacidad para entender a las gentes y ponerlas en su verdadero lugar, además de amor a la naturaleza. Habría podido, pues, ser un propietario de primer orden. Su habilidad para desempeñarse en una situación complicada, para discernir los puntos principales para apre-

ciar los lados débiles y fuertes del adversario, para movilizar las mejores razones en defensa de su propia tesis, era evidente desde su primera juventud. Khárdin no dudaba que su ayudante podía llegar a ser "un notable jurisconsulto". Pero justamente, en el curso de 1892, cuando Vladimiro entró a ejercer la abogacía, sus intereses de teórico y de revolucionario, urgidos por la catástrofe del hambre y por la agitación política del país, se hicieron día a día más concentrados e imperativos.

A decir verdad, la atención de los pequeños asuntos judiciales, por consciente que fuera el joven abogado, no lo distraían casi de sus estudios marxistas. De cualquier modo, su carrera en el foro no podía reducirse a causas como la del robo de una rueda de moler por una banda criminal compuesta de tres pequeños burgueses y dos campesinos. Estaba escrito en el libro de los designios que Vladimiro Uliánov no serviría a un tiempo a dos amos. Era preciso elegir. Y él escogió sin vacilación. La breve serie de asuntos judiciales empezada en Marzo fué interrumpida para siempre en Diciembre. Cierto que aún solicitó para el año 1893 un certificado que le permitiera ejercer; pero este documento le serviría ya exclusivamente como disfraz legal para su actividad revolucionaria, dirigida contra las leyes fundamentales del Imperio ruso.



C A R T A A V O L O N T A

CARA VOLONTÁ: El artículo de G. P. Maximoff sobre "La máscara de Lenin" (Nº 5, noviembre de 1949) contiene algunos errores de información que me parece interesante rectificar.

El *Manifiesto comunista* corresponde sólo a una fase de la evolución de Marx, aquella que refleja el influjo de la tradición babouvista expresada en la "Federación de los proscritos", después en la "Federación de los justos", por último en la propia "Federación comunista", en cuyo nombre él, con la colaboración de Engels, redactó aquel documento histórico¹. Se sabe también que Marx estuvo bajo el influjo de los blanquistas, cuyas consignas de la "revolución permanente" y de la "dictadura del proletariado" han dejado su impronta en el Manifiesto y en uno que otro artículo de la misma época². La primera consigna fué desarrollada por Trotski y se convirtió en su conocida teoría de la revolución permanente. Esta consigna no es sino una aplicación a las luchas sociales del siglo 19 y posteriores de la táctica que adoptaron las secciones de la Comuna de París en el 93 cuando se declararon en sesión permanente³. Ni la consigna ni la teoría son autoritarias o libertarias; debemos interpretarlas como una advertencia de no quedarse a medio camino, una vez iniciado un desarrollo revolucionario, y de perseverar hasta las últimas consecuencias.

Con respecto a la dictadura y al conjunto de aquello que podemos denominar socialismo centralista y autoritario, hay que decir que no existía en el período del Manifiesto ninguna otra corriente revolucionaria. Marx no inventó este socialismo sino que lo descubrió en los hechos y obras de los hombres que prolongaban la tradición de la Revolución francesa. El socialismo ruso a que alude Maximoff, el de Chernichevski, Bakunin, etc., aún no existía. Proudhon no conseguía tampoco sistematizar sus esporádicas ideas anarquistas, inmerso en un farrago de economía y hegelianismo; además, frente al golpe de Estado de Bonaparte caía en el más objetivo de los historicismos e intentaba explicar el golpe como un producto inevitable de la evolución precedente, incurriendo así en el papel de un apologista involuntario.

Hay que decir también que las ideas fundamentales del Manifiesto eran de tal modo comunes a todas las corrientes, que vemos al propio Bakunin emprender la primera traducción al ruso poco después de 1860.

Con la dispersión de los grupos comunistas y blanquistas y su independiente vida de investigación científica en Londres, Marx consiguió zafarse de las concepciones dictatoriales jacobinas. Su formación humanista y liberal conjugándose con el despertar del movimiento obrero en la primera Internacional, en la que no predominaban los elementos autoritarios y centralistas; luego el impacto de la Comuna de París, lo inclinaron hacia una posición cada día más antiautoritaria. Que tal cambio no fué circunstancial y que las ideas expresadas en *La guerra civil en Francia* no están en contradicción con sus escritos posteriores, queda demostrado en el prefacio de 1872 al Manifiesto y, sobre todo, por la *Critica del programa de Gotha*, en 1875. Y Engels, ocho años después de la muerte de su amigo, y veinte años después de la Comuna, sin torcer en lo más mínimo el pensamiento de Marx, podía definir la dictadura del proletariado en los términos siguientes: "¿Queréis saber qué cosa es la dictadura del proletariado? Pues bien, contemplad la Comuna de París." (Introducción a *La guerra civil*).

Lenin, a impulsos de la ola revolucionaria y libertaria del pueblo de Petrogrado, modificó su tradicional posición jacobina y trató de justificar su actitud con abundantes citas de la Comuna de París y de la *Critica de Gotha* en *El Estado y la Revolución*, terminado pocas semanas antes de asumir el poder. Pero suprimió aquello que le pareció demasiado destructivo del Estado y favorable al papel predominante de la Comuna, como acertadamente advierte Gastón⁴.

Por último, es necesario recordar que Marx preveía para Rusia un desarrollo y un régimen muy diversos de los que preveían sus adherentes rusos. Bajo el influjo de Chernichevski, que admiraba, y de Danielson, creía que el *mir* podría ser el fundamento de la nueva sociedad rusa. "Siendo un pensador —dice Kropotkin— es muy probable que hubiese atenuado el absolutismo de sus primeras fórmulas, como en verdad lo hizo una vez con respecto a la comunidad de aldea en Rusia." Y agrega el siguiente juicioso comentario: "Muy de desear sería que sus prosélitos trataran de imitar a su maestro en su análisis de los fenómenos económicos concretos⁵.

En mi artículo del *Libertaire* del 1º de abril de 1948 sobre la interpretación de la Comuna de París, he intentado explicar de modo más racional que Maximoff el supuesto oportunismo de Marx. Dicho estudio y los pocos ejemplos que agregó ahora bastan a mi juicio para destruir una leyenda, el origen de la cual se remonta a ciertas opiniones de Guillaume, cuyo libro sobre el "pangermanismo" de Marx, Berneri calificó de desgraciado.

Con lo dicho no pretendo desconocer la utilidad ni la oportunidad de un cotejo entre los Lenines de antes, en vísperas y después de la revolución; pero ello por otras y más importantes razones que la de arrancarle su máscara. Y como esto me alargaría, prefiero dejar la explicación para otro número, si vosotros lo quereis permitir, amigos de *Volontá*. Fraternalmente, os saludo en nombre del Centro de Estudios Materialistas.

Santiago, febrero de 1950.

1 Ch. Andler: *Le Manifeste Communiste, Paris, p. 5*

2 K. Korsch: *Karl Marx, New York 1938, p. 233.*

3 K. Korsch: de una carta.

4 "Socialismo libertario" en *Freie Socialistische Blätter*, N° 5, junio, 1948, p. 3.

5 Campos, fábricas y talleres (en inglés) London 1901. p. 163.

Colaboradores

GABRIELA MISTRAL.—La insigne autora de *Tala* y *Desolación*, Premio Nobel de Literatura, consagra en este juicio, escrito especialmente para BABEL, la profunda trascendencia de la obra de González Vera, destacada ya entre nosotros por escritores y críticos de varias generaciones, como Ernesto Montenegro, Hernán Díaz Arrieta (Alone), Ricardo A. Latham, Juvenio Valle, Santiago del Campo, Edmundo Concha, etc. Véase en "Occidente" (números de julio, agosto y septiembre de 1950) el extenso estudio que hace Leopoldo Castedo de cuanto ha escrito González Vera en nuestra revista.

JAMES T. FARRELL.—Su trilogía de *Studs Lonigan* acaba de publicarse por fin en nuestro idioma. Con tal motivo sacamos aquí la introducción al epílogo aclaratorio que le ha puesto el autor hace algunos años. Véase en BABEL del mismo ensayista: "Final de una década" (Nº 9); "Tributo al Gran Viejo" (15-16); "Literatura e ideología" (Nº 19); "La fe de Lewis Mumford" (Nº 23); "El lenguaje de Hollywood" (Nº 25); "Discurso sobre Sherwood Anderson" (Nº 32); "El tema social en el realismo americano" (Nº 37). Todos traducidos por Catiucha.

MARIO VICUÑA.—Periodista internacional vinculado de antiguo a BABEL en cuyas páginas ha publicado: "Turismo literario" (Nº 20) y "Centenario del Facundo" (Nº 27), además de numerosas traducciones de autores ingleses y franceses.

GUY MERCIER.—Poeta y cuentista francés, colaborador de *Confluences*. Reside ahora entre nosotros y esta es la primera vez que publica en castellano, traducido por Manuel Rojas, el autor de *Tonada del transeúnte* y *De la Poesía a la Revolución*.

BRUNO TRAVEN.—El autor de *Un puente en la selva*, *El tesoro de Sierra Madre*, *La rosa blanca* y otras novelas de ambiente mexicano, vive ocultando su identidad a la indiscreción periodística. Al reproducir (quizá por primera vez en nuestro idioma) uno de sus cuentos, en traducción de Mauricio Amster, nosotros destacamos con todo respeto su ejemplo singularísimo en un mundo escandaloso de gloria personal.

EDMUND WILSON.—Crítico norteamericano, autor de *Axel's Castle* y otras obras de fino análisis y vasta comprensión. En BABEL ha publicado: "Stalin como ícono" (Nº 1); "Humanismo marxista" (Nº 7); "Rol de Trotsky en la historia" (Nos. 15-16); "Arte, marxismo, literatura" (Nº 24); "Misión en Moscú" (Nº 27); "Puliendo el lente" (Nº 44); "Poe, crítico literario" (Nº 52). Todos estos trabajos, como la presente conferencia en torno a la historia, fueron traducidos por Catiucha.

LEÓN TROTSKY. 1879-1940.—En el décimo aniversario de su asesinato en México, reproducimos en homenaje a su memoria el capítulo de su libro (inédito en nuestro idioma): *La juventud de Lenin*. Sobre Trotsky véase además de nuestro número especial: "Así fué . . .", por Natalia Sedova (Nº 22); "Lev Davidovich", por Carlos Meyer (Nº 30) y "El viejo", por Víctor Serge (Nº 40).

LAIN DIEZ.—Ha ofrecido en BABEL numerosos trabajos de índole sociológica: "Renta, selección, aptitud" (Nº 14); "Depauperación y concentración del capital" (Nº 19); "Del materialismo histórico" (Nº 21); "Raza calumniada" (Nº 23); "La nueva Alemania" (Nº 25); "Don Pedro Godoy" (Nº 31); "Pérez Rosales, minero" (Nº 36); "La generación del año veinte" (Nº 40); "Los alemanes del 48 en Chile" (Nos. 44-45); "Una lección del 1º de Mayo" (Nº 50); y "La primera traducción del Fausto" (Nº 51).

Editorial Jurídica de Chile

FORMADA POR LA FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE Y POR LA
BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL

LIBROS DE DERECHO

Colecciones de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile

1.ª COLECCIÓN DE MANUALES JURÍDICOS

- | | | |
|--|---|--|
| N.º 1. <i>Manual de Derecho Penal</i> , por J. Raimundo del Rfo C. . . . \$ 60 | N.º 10. <i>Manual de Historia del Derecho</i> , por Carlos Hamilton. . \$ 100 | por Francisco Jorquera. . . . \$ 250 |
| N.º 2. <i>Manual de Derecho de Minería</i> por Armando Uribe Herrera \$ 90 | N.º 11. <i>Manual de Derecho Procesal</i> , (Teoría) por Manuel Uriutia \$ 100 | N.os 20 - 21. <i>Manual de Medicina Legal</i> , por Luis Cousiño Mac-Iver. 2 vols. \$ 200 |
| N.º 3. <i>Manual de Derecho Civil</i> . Tomo I. (Título preliminar del Código Civil), por Victorio Pescio \$ 90 | N.º 12. <i>Manual de Derecho Canónico</i> , por Carlos Hamilton . . . \$ 110 | N.º 22. <i>Manual de Derecho Civil</i> , Tomo III, por Victorio Pescio. . . . \$ 150 |
| N.º 4. <i>Manual de Derecho Penal</i> , por Gustavo Labatut Glens \$ 100 | N.º 13. <i>Manual de Derecho del Trabajo</i> , por Alfredo Gaete Berríos. . \$ 90 | N.º 23. <i>Manual de Derecho Civil (De las Obligaciones)</i> , por Ramón Meza Barros \$ 160 |
| N.º 5. <i>Manual de Derecho Civil</i> . Tomo II (Teoría general de la prueba y teoría general de los actos jurídicos) por Victorio Pescio \$ 120 | N.º 14. <i>Manual de Seguridad Social</i> , por Alfredo Gaete e Inés Santana \$ 60 | N.os 24-25. <i>Manual de Derecho Procesal Orgánico</i> , por Mario Casarino Viterbo (Prof. del ramo de la Escuela de Valparaíso) 2 vols. \$ 250 |
| N.º 6. <i>Manual de Derecho procesal Penal</i> , por Osvaldo López. \$ 95 | N.º 15. <i>Manual de Técnica de la investigación Jurídico-Social</i> , por Aníbal Bascuñán Valdés \$ 110 | N.º 26. <i>Manual de Organización y Atribuciones de los Tribunales</i> , por Jaime Galté Garré (Profesor de Derecho Procesal de la Universidad de Chile). . \$ 150 |
| N.º 7. <i>Manual de Derecho Administrativo</i> , por Manuel Jara Cristi . . \$ 70 | N.º 16. <i>Manual de Procedimiento Civil (Recursos Procesales)</i> , por Alejandro Espinoza Solís de Ovan-do \$ 150 | N.º 27. <i>Manual de Derecho Financiero</i> , por Enrique Piedrabuena (Profesor del ramo en la Universidad Católica de Santiago) por aparecer. |
| N.º 8. <i>Manual de Medicina Legal</i> , por Samuel Gajardo \$ 40 | N.º 17. <i>Manual de Procedimiento Civil (Juicio Ejecutivo)</i> por Raúl Espinoza Fuentes \$ 120 | |
| N.º 9. <i>Manual de Criminalística</i> , por el Dr. Luis Sandoval \$ 130 | N.os 18. - 19. <i>Manual de Derecho Romano</i> , 2 volúmenes | |

- N.º 28. *Manual de Derecho Constitucional*, por Gabriel Amunátegui (Profesor del ramo de la Universidad de Chile) . . . \$ 240
- N.º 29. *Manual de Derecho Comercial*, tomo 1.º por Julio Olavarría (Profesor del ramo en la Universidad de Chile) por aparecer.
- N.º 30. Tomo 2.º Id. por aparecer.
- N.º 31. Tomo 3.º Id. por aparecer.
- N.º 32. *Manual de Derecho Internacional Privado*, por Fernando Albónico (Profesor del ramo en las Universidades de Chile y Católica). Tomo 1.º. \$ 130
- N.º 33. Tomo 2.º Id. por aparecer.
- N.º 34. *Manual del Abogado*, bajo la dirección del Consejo General del Colegio de Abogados, por aparecer.

2.a COLECCION DE ESTUDIOS JURIDICOS Y SOCIALES

- N.º 1. *El Mandato Civil*, por David Sttichkin. (En prensa)
- N.º 2. *Derecho Procesal del Trabajo*, por Alfredo Gaete y Hugo Pereira. \$ 300
- N.º 3. *El problema histórico del trabajo*, por Gustavo Lagos Matus (Profesor extraordinario de Derecho del Trabajo en la Universidad de Chile) \$ 250
- N.º 4. *Derecho Tributario (Ley de Impuestos sobre la renta)*, por Alvaro Rencoret (Profesor del ramo en la Universidad de Chile) por aparecer.
- N.º 5-6. *Indivisión y Partición*, por Manuel Somarriva Undurraga (Profesor de Derecho Civil de la Universidad de Chile y Secretario de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales) por aparecer.
- N.º 7. *Panorama del Derecho Social Chileno*, por Francisco Walker Linares (Profesor de Derecho del Trabajo en la Universidad de Chile) por aparecer.
- N.º 8. *Derecho del Trabajo Americano*, por María Alvarado y Ariaselva Ruz, por aparecer.

3.a COLECCION DE APUNTES DE CLASE

- N.º 1. *Derecho Internacional Público*, por Ernesto Barros Jarpa. \$ 110
- N.º 2. *Procedimiento Civil (Juicios Especiales)*, por Carlos Alberto Stoeihel y Mario Muñoz Salazar. \$ 100
- N.º 3. *Historia Constitucional de Chile*, por Julio Heise. . . \$ 140
- N.º 4. *Política Económica*, por Felipe Herrera (Profesor del ramo en la Universidad de Chile) \$ 200

4.a COLECCION DE MEMORIAS DE LICENCIADOS

\$ 350 cada volumen

- Volumen 1.º a) «El obrero y el empleado ante la legislación social chilena», por Mario Ruz.
- b) «Estudio teórico y práctico de las leyes de mejoramiento económico
- c) «Régimen jurídico de los deportistas de los empleados particulares» (Leyes 6.020, 7.064 y 7.280, refundidas en la N.º 7.295), por Manuel Martínez.
- d) «El Sindicato profesional», por Héctor Téllez.
- (e) «La Caja de Retiro y Montepío de las Fuerzas de

- la Defensa Nacional», por Rigoberto Jamett.
- f) «El fuero del trabajo español», por Osvaldo Fuenzalida.
- Volumen 2.º a) «La NU. y la organización internacional del trabajo», por Rolando Laermann.
- b) «Vigésima novena conferencia internacional del trabajo», por Laura García.
- c) «El problema de la plenitud del empleo ante las conferencias internacionales del trabajo de postguerra», por Humberto Valenzuela.
- d) «La evolución de la seguridad social», por Boris Acharán.
- e) «Interpretación y Aplicación que la Caja de Seguro Obligatorio ha dado a los beneficios que concede la Ley 4054», por Juan Frontaura.
- f) «Situación económico-social del personal ferroviario», por Raúl Vásquez.
- Volumen 3.º a) «Régimen legal de las aguas en Chile», por Mario Silva.
- b) «Régimen legal de las aguas en Chile», por Luis Karque.
- c) «Comentario y breve estudio crítico del Código de Aguas» por Sofía Sack.
- d) «Naturaleza jurídica de las cooperativas y en especial de las cooperati-
- vas agrícolas», por Jorge Kalwasser.
- e) «Las cooperativas agrícolas», por Raúl Franco.
- f) «De la instalación y funcionamiento de industrias, bajo el punto de vista legal», por Jorge Ferdmann.
- g) «Marcas Comerciales», por Jorge Farah.
- Volumen IV «Ciencias Económicas»
- A.—«El Consejo Nacional de Economía», por Mario Sepúlveda P.
- B.—«Coordinación de los medios de transporte en Chile», por Ramiro Contreras Lara.
- C.—«Chile y Perú a través de su producción económica», por Alejandro Runco González.
- D.—«Chiloé económico», por Arnoldo Santana Bahamondes.
- C.—«Los problemas de la alimentación y los acuerdos de Hot Springs», por José Musalem S.
- Volumen V «Ciencias Económicas»
- A.—«La Caja de la Habitación y las Empresas industriales, Mineras y Salitreras en la solución del problema de la vivienda», por Hernán Escalona.
- B.—«El problema de la carne en Chile», por Mario Bustamante P.
- C.—«Industria del arroz en Chile y sus proyecciones económicas», por Hugo Olate Vásquez.
- D.—«Industria química pesada en Chile y sus posibilidades», por René Vega Muñoz.
- E.—«La alimentación y la agricultura ante la Comisión Económica para América Latina», por Osvaldo Vásquez.
- F.—«Evolución del Concepto del Dinero», por Juan Morizón Leclerc.
- Volumen VI «Historia del Derecho». En prensa.
- Volumen VII «Medicina Legal». En prensa.
- Volumen VIII «Ciencias Económicas»
- A.—«La Inflación», por Mario Mosquera y César Serani.
- B.—«El impuesto a la cifra de negocios» por Claudio Cifuentes Betancourt.
- C.—«La Marina Mercante Nacional y el Crédito Naviero», por Juana Vodnizza.
- D.—«La industria de la betarraga azucarera y sus posibilidades económicas», por Fernando Le-Bert Sotomayor.
- E.—«Influencia de la Educación Primaria en la Economía», por Lidia Valenzuela G.

CULTURA Y NECESIDAD

En las naciones civilizadas se ha incorporado una nueva necesidad, la refrigeración, agente importantísimo para conservar los alimentos y proporcionar una nutrición sana, conforme a los postulados de la dietética.

Para llenar esta necesidad del progreso cultural en nuestro país, Sociedad Industrial Electer Ltda., ha montado una moderna industria de refrigeradores, que gracias a una acabada planificación técnica, permitirá proporcionar a cada hogar chileno, por modesto que sea, este verdadero servicio de utilidad pública.

SOCIEDAD INDUSTRIAL ELECTER Ltda.

Compañía 1068, Oficina 608

- F.—«Régimen impositivo de los Bienes Raíces», por Rafael Le-Bert Espinoza.
- Volumen IX «Derecho del Trabajo»
- A.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del Trabajo de Chile y Costa Rica», por Fernando Rayo P.
- B.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Santo Domingo», por Luis Parada Dagnino.
- C.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Guatemala», por Juan Latife.
- D.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Perú, por Mnr-tín Molina Pérez de Valenzuela.
- E.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Brasil», por Luis Díaz Barbieri.
- F.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Uruguay», por María Luisa Aichele Hohmann.
- Volumen X «Derecho del trabajo»
- A.—«La Ley N° 6,174 de Medicina Preventiva y el Servicio Médico Nacional de Empleados», por René Musalem Giacmán.
- B.—«La Ley de Previsión para los Abogados», Jorge Magaña N.
- C.—«La Caja Bancaria de Pensiones», por Raúl Gutiérrez Varas.
- D.—«El despido colectivo de más de diez asalariados», por René Argandoña Olivares.
- E.—«El problema del salario en Chile» por Clodomiro Madariaga E.
- F.—«La Organización Internacional del Trabajo. Su importancia en la Política Social moderna y la legislación nacional», por Porfirio Thores Muñoz.

OTRAS OBRAS DE LA EDITORIAL JURIDICA

- Jurisprudencia Administrativa de las sociedades anónimas*, por Hernán Castro Ossandón \$ 150
- La Partición de Bienes*, por Pedro Lira Urquieta ... \$ 80
- La Partición de Bienes*, por Marcos Silva Bascuñán .. \$ 140
- Instituciones de Derecho Minero Chileno*, 2 vols., por Julio Ruiz Bourgeois \$ 400
- El Derecho del Trabajo y la Seguridad Social en Chile*, por Moisés Poblete Troncoso .. \$ 165
- Elementos de Derecho Constitucional chileno*, por Carlos Estévez Gazmuri \$ 250
- Compendio alfabético de la legislación social chilena* por Juan Díaz Salas. \$ 150

OTRAS OBRAS

- El Delito Económico*, por Rodolfo Borzutzky ... \$ 150
- Prontuario de Derecho Consular Chileno*, por Jonás Guerra \$ 150
- El Periodismo*, por Horacio Hernández \$ 180

CODIGOS DE LA REPUBLICA DE CHILE

- Código de Aguas*, Primera edición oficial, 1948.. \$ 30
- Código del Trabajo y Leyes Anexas*, edición oficial, 1949 \$ 100
- Colección de Códigos de la República*, Edición oficial, 3 vols \$ 1.500

Despachos a provincias contra-reembolso

EDITORIAL JURIDICA DE CHILE

Santo Domingo 1382 Casilla 4256 Teléfono 74923
SANTIAGO

EL OCEANO ABASTECE A CHILE

Atún

Sardinas

Filetes de Anchoas

Antipasto Albacora

Sociedad Pesquera Industrial del Pacífico

DR. S. TANNENBAUM B.
LABORATORIO
CLINICO

Exámenes completos de orina, Jugo Gástrico y Duodenal, Desgarro, Deposiciones, Líquidos Patológicos, etc., etc. Reacciones de Weinberg, Wassermann, Kahn, Líquido Céfalo Raquídeo, etc., etc. Exámenes químicos de sangre: Urea, Glicemia, Acido Urico, Pruebas Hepáticas, Renales, etc., Sección Hematológica completa, Sección completa de Bacteriología: Widal Paratífus, Difteria, etc., etc. Sección Anatomía Patológica e Histopatológica.

* * *

PLAZA BULNES (NATANIEL) 31
Teléfono 65626, Casilla 615, Santiago

CHAMPU
BAYCOL
LIMPIA
Y CONSERVA
SU
CABELLERA

Cristal
YUNGAY
Créditos
ESTADO 167

HILADOS
FINOS DE ALGODON
Y S.P.U.N-RAYON
COMPANIA
TEXTIL ANDINA
S. A.
Teléfono 50036 - Stgo.

Optica
MAIER
OPTICO AUTORIZADO
se despachan
recetas de los médicos
oculistas
Agustinas 853, entre
Estado y San Antonio
SANTIAGO
Tel. 31145 Casilla 4143

VIDAS MINIMAS

La obra máxima y más representativa del autor que este año obtuvo el Premio Nacional de Literatura,

JOSE SANTOS
GONZALEZ VERA

Acaba de aparecer al precio de \$ 60. Reserve con tiempo su ejemplar, dirijase a

EMPRESA ERCILLA, S. A.
Agustinas 1639, Fono 62225, Cas. 63-D

T R A B A J E
Y ESTUDIE

EN LA

“UNIVERSIDAD
POPULAR
VALENTIN LETELIER”

QUE LE BRINDA
LA OPORTUNIDAD QUE
UD. DESEA

Haga su consulta a:

CARRERA 86, TELEFONO 88477
SANTIAGO

RE P A R E
SUS MOTORES
ELECTRICOS
EN
SAN DIEGO
15
Israel Friedmann

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA BABEL

Alameda 2551 - Tel. 92232

EDICIONES Y ENCUADERNACIONES DE LUJO EXCLUSIVAMENTE

LIBRERIA CULTURA

Huérfanos 1179

Teléfono 88830

Casilla 4130

EDITORIAL DEL PACIFICO

— S. A. —

Ahumada 57 Teléfono 89166

Casilla 3126

LIBRERIA.—SALA DE EXPOSICIONES

LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 Tel. 80504

Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS Y EN LENGUA ESPAÑOLA. TODAS LAS NOVEDADES

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA DE OCCIDENTE

Alameda B. O'Higgins 1313

Teléfono 69649

Casilla 13324

LITERATURA GENERAL

LIBRERIA PLUS ULTRA

(Ex Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222

Casilla 4655

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS DEL SABER HUMANO

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA GENERAL

LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 Tel. 32217

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA EN GENERAL

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Alameda B. O'Higgins 1058

Teléfono 82453

ORRAS DE ARTE, CIENCIA, FILOSOFÍA Y LITERATURA

LA CIENCIA PHILCO al servicio del hombre

Toda la historia de PHILCO es una ininterrumpida sucesión de aportes valiosos en el campo de la técnica.

PHILCO con sus grandes laboratorios de investigación científica ha logrado la indiscutible supremacía en materia de nuevos adelantos para Radio - Electrónica - Televisión - Refrigeración y acondicionamiento de aire.



el líder en Radio, Refrigeración
y Electrónica.

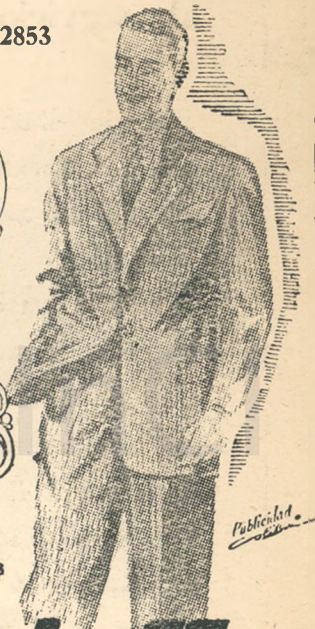
ROPAS
RUDDOFF

*El sello de
Distinción
conocido en todas partes*

SALVADOR SANFUENTES 2853

NI AL HACER TRAJES NI
AL LEGISLAR PROCEDE EL
HOMBRE SIMPLEMENTE POR
AZAR, Y SU MANO VA SIEM-
PRE GUIADA POR MISTERIO-
SAS OPERACIONES DEL ESPÍ-
RITU. EN TODAS SUS MODAS
Y TRABAJOS PREPARATORIOS
SE ENCONTRARÁ ESCONDIDA
UNA IDEA ARQUITECTÓNICA;
SU CUERPO Y SU TRAJE SON
EL SITIO Y LOS MATERIALES
EN EL CUAL Y CON LOS
CUALES HA DE EDIFICARSE
EL EDIFICIO EMBELLECIDO
DE SU PERSONA.

CARLYLE/Sartor Resartus



ROPAS
Ruddoff

SUCURSALES: SANTIAGO - VALPARAÍSO Y CONCEPCIÓN

Precio del ejemplar \$ 30 m/ch.